

**LA CASA DEL TAHUR**

*Antonio Mira de Amescua*

---

Comentario [LT1]:

**Personajes:**

MARCELO Gentil, viejo

ALEJANDRO, su hijo

ROQUE, lacayo

Don DIEGO Osorio, galán

Don LUIS, Galán

CARLOS de Villamayor, sevillano

ISABELA, esposa de Alejandro

ÁNGELA de Mendoza, dama

Ángela de Heredia, MADRE de Angelica

GÓMEZ, escudero viejo

FABIÁN, criado

DOMINGO, Lacayo sevillano

---

## ACTO PRIMERO

---

### *Salen MARCELO y ALEJANDRO*

MARCELO: Hijo, que único heredero  
de mi casa y de mi honor  
has nacido, no es amor  
la pasión con que te quiero.  
Un afecto es, más asido  
al alma. Aunque dije mal  
--amor es, mas sin igual.  
Amor singular ha sido.  
La escuela de mis verdades  
y consejos te ha criado,  
pero tu error te ha llevado  
por juegos y mocedades.  
Jugabas lo que tenías,  
y no tenías también,  
y tierno quisiste bien  
cuantas mujeres veías.  
Contrario amor suele estar  
al juego, y en tu sosiego  
ni el amor divirtió el juego  
ni el jugar venció al amar.  
En una y [en] otra guerra,  
que el juego y amor son lides,  
siempre estabas como Alcides,  
un pie en el mar, otro en tierra.  
Remedio, por mil caminos,  
intenté en vano a mi pena,  
y al fin hallé el que refrena  
juveniles desatinos.  
Caséte con Isabela  
de quien fui tutor y a quien  
ha aprovechado más bien  
la doctrina de mi escuela.  
En su rostro, en su cordura,  
con singular eminencia,  
aun están en competencia  
la virtud y la hermosura.  
Ha durado la alegría  
en tu casa, en quien estoy  
como huésped, hasta hoy.  
Éste es el octavo día.  
En la casa del tahir  
se dice que dura poco.  
Pues ya los umbrales toco  
de la muerte, y su segur  
siento casi a la garganta,  
¡dulce muerte me acomoda!  
Haz cuenta que siempre es boda.  
Dure, oh hijo, esta paz santa.  
Yo, en mi casa y retirado,  
mirar tu enmienda pretendo;

procedo bien advirtiéndote  
que ya mi hacienda te he dado.

Tuya es ya la renta mía;  
no tengo más que dejarte.  
Sólo reservo la parte  
que al alma me convenía.

Si le perdieras, apela  
al hospital y no a mí.  
Hacienda y mujer te di.  
Buen dote trujo Isabela.

Bien sé que cuerdo dispones  
el gobierno de tu casa;  
que el error del joven pasa  
con nuevas obligaciones.

Bien sé que el dichoso estado,  
en que ya vives contento,  
despierta tu entendimiento  
y nueva razón te ha dado;  
pero nunca inútil es  
el buen consejo.

ALEJANDRO:

Señor,  
agradecido a ese amor,  
beso mil veces tu pies.

Yo con Isabela vivo,  
preso de amor. ¿Qué cuidado  
vencerá un enamorado?  
¿Ni qué juego al que es cautivo?

Mucho estimo tus consejos,  
que al fin me doctrinan y aman.  
Vejeces los mozos llaman  
lo que prudencia los viejos;  
pero a mí ya me recrea  
tu elección. No la condeno,  
que siempre el consejo es bueno  
aunque menester no sea.

*Adentro ROQUE y dos MÚSICOS*

ROQUE: Brindis, sos músicos.

MÚSICO 1: Mía es la obligación.  
Espera, ya la paga.

ROQUE: ¡Oh, quién tuviera  
una boda cada día!

MARCELO: Tus amigos te visitan  
si te alegran tus criados.  
Yo me voy, hijo. Los hados  
vida feliz te permitan.

*Vase [MARCELO]. Salen don DIEGO, don LUIS, y  
CARLOS*

DIEGO: Aun huele a boda la casa.

ALEJANDRO: ¡Oh, don Diego! ¡Oh, don Lúis!  
¡Qué tarde a verme venís!

LUIS: Mientras que la octava pasa

de esta doméstica fiesta,  
no era ocuparte razón.  
ALEJANDRO: La amistad, la obligación,  
en ningún tiempo molesta.  
¿Quién es aquel gentilhombre?  
DIEGO: De Sevilla y caballero,  
y nuestro amigo.  
ALEJANDRO: Yo quiero  
que mío también se nombre.  
LUIS: Hanos dado a conocer  
una dama sevillana...  
No mujer, no cosa humana...  
Ángel es, que no mujer.  
Aquí a Madrid ha venido  
con su madre a proseguir  
ciertos pleitos.  
DIEGO: Y a decir  
que sola Sevilla ha sido  
la madre de la hermosura.  
LUIS: Con este conocimiento  
de Carlos, en su aposento,  
en amistad casta y pura,  
tenemos conversación.  
Rífanse dulces y aloja,  
y pasamos la congoja  
de las siestas.  
ALEJANDRO: No es razón,  
señor Carlos, que yo sea  
de tal amistad ajeno.  
CARLOS: Si para servir soy bueno,  
serviros mi alma desea.  
ALEJANDRO: Mi persona y esta casa  
están a vuestro servicio.

*Salen los dos MÚSICOS y ROQUE con una taza y un jarro*

ROQUE: ¡No es boda donde hay jüicio!  
DIEGO: ¡Hola! ¡Mirad lo que pasa!  
ALEJANDRO: Roque y dos músicos son.  
Mi boda están celebrando,  
más bebiendo que cantando.  
LUIS: No es mala la ocupación  
si cantan mal, pues bebiendo  
no cantarán.  
ALEJANDRO: Son malditos.  
ROQUE: No es, oh músicos mosquitos,  
voz la vuestra sino estruendo.  
Zumbadme en estos oídos,  
bailaré.  
ALEJANDRO: ¡Loco, despierta!  
ROQUE: La boca sola está alerta  
mientras duermen los sentidos.  
ALEJANDRO: ¿A qué habéis salido aquí?  
ROQUE: Para danzar, ¿no lo ves?,  
en tus bodas.

ALEJANDRO:     ¡Lindos pies de danzar!  
LUIS:            Serán así bacanales, no himeneos.  
ROQUE:          ¿No veis los que representan?  
                  ¡Qué bailecillos inventan  
                  de visajes y meneos!  
                  En ellos, si consideras,  
                  dos diferencias se ofrecen;  
                  que allá borrachos parecen  
                  y aquí lo estamos de veras.  
                  Allá se dejan caer,  
                  tuercen el cuerpo al desgaire,  
                  dan traspiés, burlan del aire  
                  que el danzar debe tener.  
                  ¿Qué oficios hay inventados  
                  que no se imiten allí?  
                  Parecen, bailando así,  
                  o locos o endemoniados.  
                  No hay cosa en la vida humana  
                  que no baile a su despecho.  
                  La matemática han hecho  
                  bailarina escarramana.  
                  Una araña, roja y fiera,  
                  en Italia he visto yo,  
                  y cualquiera que picó  
                  baila de aquesta manera.  
                  Y pienso que no se engaña  
                  un señor muy avisado  
                  que dice que se han pasado  
                  las tarántulas a España.  
ALEJANDRO:     Y aun hacen esos errores,  
                  que en España renovemos  
                  bailes que culpados vemos  
                  en los antiguos autores.  
ROQUE:          Cantad, músicos panarras,  
                  que ya me voy meneando.  
MÚSICO 1:      Reventaremos cantando.  
ROQUE:          Eso hacen las cigarras.

***Cantan. Baila ROQUE***

MÚSICOS:      "Cualquier casamiento  
                  alegra la casa,  
                  como no se casen  
                  el vino y el agua.  
                  Goza de Isabela,  
                  hermosa y gallarda,  
                  el nuevo Alejandro,  
                  honra de su patria.  
                  Haya muchos siglos  
                  placer en su casa,  
                  como no se casen  
                  el vino y el agua."  
ALEJANDRO:     Basta, basta, que este día  
                  no estáis para nada buenos.  
DIEGO:         De vino los tiene llenos

vuestra dichosa alegría.

Tanta os dé vuestra mujer  
que nunca podáis mirar  
ni la cara del pesar  
ni la espalda del placer.

Años del fénix no visto  
viváis con ella, Alejandro,  
los de Nestor, los de Evandro,  
los de Príamo y Egisto.

El tiempo que corre aprisa  
tardo movimiento tenga,  
y al fin vuestra muerte venga  
envuelta entre sueño y risa.

ALEJANDRO: Deseos son lisonjeros  
de una voluntad pagada.  
Tráeme la capa y la espada;  
que con estos caballeros  
saldré un rato.

LUIS: Es honra nuestra.

MÚSICO 2: En otra boda os veáis.

ALEJANDRO: Mala música tengáis.  
¡Que sí tendréis si es la vuestra,  
que yo no quiero enviudar!

*Vanse los MÚSICOS y ROQUE*

LUIS: No, ¡plega a Dios! Antes sean  
tantos tus hijos que vean,  
de los cielos y del mar,  
luces y arenas iguales  
a su número, y de flores  
se coronan vencedores  
en mil batallas navales.

Uno en la guerra crúel  
cifa de roble su frente,  
otro sabio y diligente  
en la escuela, de laurel.

Uno suba en la conquista  
de alguna empresa cristiana,  
y otro en la corte romana  
sagrada púrpura vista.

*[Sale ROQUE en capa y sombrero]*

ALEJANDRO: Dulce cosa es el casarse  
si tal parabién se espera.

ROQUE: Si quisiere salir fuera,  
su merced, a pasearse,  
no se habrá visto jamás  
tan galán.

*Pónele su misma capa y sombrero [a  
ALEJANDRO]*

LUIS:           ¿Qué has hecho, loco?  
ALEJANDRO:    A cólera me provocho.  
                  Cansado borracho estás.  
ROQUE:         En éste, tu alegre estado,  
                  de un modo estamos tú y yo.  
ALEJANDRO:    Luego, ¿estoy borracho?  
ROQUE:         No, pero estás...  
ALEJANDRO:    ¿Qué estoy?  
ROQUE:         Casado.  
                  Pues si yo mal no me acuerdo,  
                  la mujer al vino imita;  
                  porque en un momento quita  
                  el seso al hombre más cuerdo.  
                  Que se pueden comparar  
                  oí a un discreto decir,  
                  pues tal vez hacen reír,  
                  y tal vez hacen llorar.  
                  ¿No has visto qué dulcemente  
                  entra el vino por la boca,  
                  y cuando a las tripas toca,  
                  qué fuerte y bravo se siente?  
                  La mujer, cuando se casa,  
                  entra muy mansa, porque es  
                  vino al beberse, y después  
                  no hay quien la sufra en la casa.  
                  Como vino puro ha sido  
                  la que a ser ligera empieza,  
                  pues se sube a la cabeza  
                  del desdichado marido.  
                  Una diferencia alego:  
                  que el vino viejo ha de ser,  
                  mas si es vieja la mujer,  
                  leña es, seca, ¡vaya al fuego!  
                  Un cortesano bizarro,  
                  de estos melífluos decía  
                  que él en la mujer querría  
                  las calidades del jarro:  
                  limpio ha de ser, sano y nuevo.  
                  Y así mujer linda o fea,  
                  ya que es vino, jarro sea,  
                  que de otra suerte no bebo.

***Salen ISABELA y FABIÁN. Sacan de vestir a  
ALEJANDRO***

ISABELA:       ¿Dónde, con tal diligencia?  
FABIÁN:        Dicen que salir quería.  
ISABELA:       ¿Vais fuera?  
ALEJANDRO:    Sí, gloria mía;  
                  mas no sin vuestra licencia.  
                  Es forzoso acompañar mis amigos.  
DIEGO:         Servidores suyos y vuestros.  
ISABELA:       Señores, míos os podéis llamar.

***Van vistiendo [a] ALEJANDRO***

CARLOS: (¡Mujer divina! El extremo de hermosura manifiesta. Ángel es ángel, mas ésta es de otro coro supremo. ¿Qué superior jerarquía contiene este ángel? En mí siento, después que la vi, nueva suerte de alegría).

ISABELA: Por parecer desposado, lleva más joyas, si quieres. Envidiarán las mujeres mi felicísimo estado. La cadena de diamantes llevarás.

ALEJANDRO: A mucho obligan tus joyas.

ISABELA: Quiero que digan como hay mujeres, amantes de sus maridos.

CARLOS: (¡Qué grave honestidad y qué hermosa compostura! No vi cosa a l[os] ojos más s[ua]ve).

**Aparte**

**Aparte**

***Apartados [ALEJANDRO y LUIS]***

ALEJANDRO: Mi curiosa inclinación ver esa Ángela desea.

LUIS: ¿Hay más, sin que se vea?

ALEJANDRO: ¿Y a cualquier conversación está apacible? ¿O se espanta?

LUIS: Con un honesto recato, es agradable su trato.

ALEJANDRO: ¿Y su madre?

LUIS: Es una santa. Argos es de la muchacha, pero aplica su atención a libros de devoción, y es sorda.

ALEJANDRO: ¡Famosa tacha!

CARLOS: (Gloria inspira, si la veo. Rige mis ojos razón, que el ver con delectación cerca está de ser deseo).

**Aparte**

***Vanse. [Quédanse ISABELA y ROQUE]***

ISABELA: ¿Qué amigos, Roque, son éstos?

ROQUE: Los amigos que se usan. En el trabajo se excusan, y en la dicha son molestos. Todos son de la manera que fáciles golondrinas, que nos buscan, peregrinas, en la verde primavera. Vinieron de allende el mar

buscando el mayo templado,  
y antes del diciembre helado,  
van a otra parte a cantar.

Facilidad semejante  
en nuestra sombra se vea,  
que nos sigue y nos rodea  
sin dejarnos un instante,  
y aunque de nosotros nace  
cuando el sol su luz no niega,  
apenas la noche llega  
cuando vana se deshace.

Éstos vienen y se alejan  
según los tiempos prosiguen:  
en el próspero no[s] siguen,  
y en el adverso nos dejan.

Los primeros han de ser  
que a los juegos o a las damas  
le lleven.

ISABELA: ¡Ay, Roque! Si amas a tu señor...

ROQUE: ¿Qué [he] de hacer?

ISABELA: Suplicarle muy de veras  
que vuelva presto.

ROQUE: Yo voy.

ISABELA: Síguete.

ROQUE: Podenco soy,  
que sé bien sus madrigueras.

*Vanse. Salen ÁNGELA y su madre con un  
libro*

MADRE: Ángela.

ÁNGELA: ¿Señora?

MADRE: Escucha una madre que desea  
que vivas felicemente,  
que prósperos años tengas.  
Hermosura y gallardía  
te dio la Naturaleza,  
hidalga sangre tus padres,  
el Tiempo su primavera.  
Juventud gozas florida,  
sólo la Fortuna ciega  
contra tus méritos, hija,  
te ha negado su riqueza.  
Supla el arte a la Fortuna,  
y la buena diligencia  
engendre en ti la ventura  
que te niegan las estrellas.  
En la corte estás, que es mar  
donde el diligente pesca,  
el venturoso triunfa,  
y el desdichado se anega.  
Buen anzuelo es la hermosura,  
muchos golosos se ceban;  
aspira a un gran casamiento,  
tiende la red lisonjera.

De este mañoso edificio,  
la primera baja sea  
conservar la buena fama  
de castísima doncella,  
la virtud y honra delante;  
porque así a su sombra puedas  
envolver un favorcillo,  
dos palabras, cuatro letras.  
Aquí el recibir no es mancha  
que la virtud nos afea;  
gracia es tomar si se hace  
con donaire y gentileza.  
A cuantos te pretendieren  
es razón que favorezcas  
con tanta astucia que duden  
si es amor el que les muestras.  
Suele un semblante apacible  
engañar al que desea;  
da esperanzas, pero tales  
que presto se desvanezcan.  
Cuando algún rico galán  
a tu propósito veas  
herido ya del amor,  
hasta las plumas la flecha  
envidia con casamiento,  
y si se retira, deja  
de escucharle; un ventanazo  
le pique más o divierta.  
A nadie tengas amor,  
porque estando libre puedas  
a tu mano levantarte  
y ser lince en las cautelas.  
Muchos quieren engañar,  
y la pobrecilla necia  
que en lazos de amor se halla,  
rendida al engaño queda.  
Ese Carlos que ha venido,  
según dice, el alma llena  
de esperanzas y de amores,  
mira que es pobre. Huye, tiembla.  
¡Cuartana me da en pensarlo?  
Ni de burlas, ni de veras  
le escuches; que amor de un pobre,  
voz traidor es de sirena.  
Yo, mi hija, me [he] fingido  
sorda aquí, y es bien que entiendas  
la causa. No es sin misterio  
que sorda y devota sea.  
Si una madre es algo esquiva  
y sus hijas guarda y cela  
sin permitir que les digan  
una palabrilla tierna,  
luego dicen los mozuelos  
que como zánganos cercan  
esta miel de la hermosura:  
"Sierpe se finge la vieja,  
todo es arte, ya entendemos.

¡A fe que si el oro viera  
que más blanda se mostrara."  
Cánsanse y la empresa dejan.  
Si la madre es apacible  
y no se espanta ni altera  
de que digan sus deseos  
y honradamente pretendan,  
luego dicen: "¡Oh qué madre!  
Para obispo ha de ser buena.  
¡Oh qué mitra de papel  
previenen a tu cabeza!"  
Disfámase con aquesto,  
y da ocasión que se atrevan  
a querer más que favores  
los que a sus hijas pasean.  
Buen remedio, sorda soy,  
y a su encanto las orejas  
tengo como áspid tapadas;  
hablen, pidan, penen, mueran.  
Los libros de devoción  
serán de mi honor defensa;  
que los hipócritas hoy  
el mundo tras sí se llevan.  
Mostraré de cuando en cuando  
la condición zahareña,  
con esto no me disfaman  
ni de pretender se alejan.  
Sorda seré a sus intentos;  
bien oiré cuando convenga.  
Advertiréte de todo  
con mi prudente cautela,  
Todo el mundo es trazas, hija,  
¿quién no finge? ¿Quién no inventa?  
Los astutos enriquecen  
y los modestos no medran.  
Atentamente he escuchado  
tu lección, pero me enseñas  
una bárbara doctrina  
que aun no la saben las fieras.  
Dices que no tenga amor;  
leyes injustas ordenas  
contra la razón del alma  
que al mismo Amor se sujeta.  
¿Qué discurso es poderoso  
contra las divinas fuerzas  
de Amor? ¿Cuándo no es vana  
nuestra mortal resistencia?  
Aman los brutos, y amor  
simples palomas nos muestran  
cuando el aliento se hurtan  
con los picos y las lenguas.  
La tórtola en verdes ramas  
con arrullos ama y cela,  
y si ha perdido el amante,  
gime siempre en ramas secas.  
Los músicos ruiseñores  
que cantan con diferencias

ÁNGELA:

no articulados motetes,  
¿quién, si no Amor, los gobierna?  
Las cosas inanimadas  
aman también, que la hiedra  
ama al fresno, al olmo verde  
ama la vid opulenta.  
Con recíprocos amores  
las altas palmas engendran  
unos pálidos racimos  
dentro de pardas cortezas.  
MADRE: Esas son bachillerías  
que aprendes en las comedias.  
No irás más a los teatros;  
que eres presumida y necia.  
Ama al oro. Ama a tu madre.  
Ama la virtud honesta.  
ÁNGELA: (¡Ay, Carlos! ¿Cómo es posible **Aparte**  
no querer hasta que muera?)

*Salen ALEJANDRO, LUIS, don DIEGO y CARLOS*

LUIS: La licencia que da la cortesía  
y proceder urbano de esta casa  
nos ha puesto osadía  
para entrarnos ansí.  
ÁNGELA: Fueran ingratos,  
los que no lo hicieran, al deseo  
que mi madre ha tenido de serviros.  
MADRE: Bien dice aquél proverbio: que está el lobo  
en la conseja. Agora en este punto  
yo y Angelica hablábamos de todos.  
DIEGO: Pues, ¿hay en qué serviros?  
MADRE: Le reñía  
a esta muchacha porque trae diamantes;  
que no son las sortijas de doncellas,  
pues que señales son del matrimonio.  
Y en aqueste propósito decía  
que en viniendo los tres, os suplicara  
le rifárades ésta. Muestra, niña.

*Tómale una sortija*

CARLOS: Por tocar un anillo de tal mano,  
todos lo rifarán.  
ALEJANDRO: Y yo el primero.  
CARLOS: Alejandro, señoras, nuestro amigo  
viene a ofrecerles por criado vuestro.  
Llega, Alejandro.  
ALEJANDRO: Vuestras manos beso.  
MADRE: ¿Y se llama Leandro? Enamorado  
está obligado a ser con ese nombre.  
ÁNGELA: Alejandro se llama, no Leandro.  
MADRE: Liberal ha de ser si es Alejandro.  
CARLOS: Vengan los naipes, pues.  
ÁNGELA: Trae naipes. ¡Hola!

DIEGO: ¿Y en cuánto ha de rifarse, mi señora?  
MADRE: ¿Qué me lo habéis de dar? Quien lo ganare  
haga su voluntad.  
ÁNGELA: No dicen eso.  
LUIS: ¿En cuánto ha de rifarse?  
MADRE: Él ha costado...  
¿Cuántos escudos, Ángela? ¿Cuarenta?  
DIEGO: Pues, rítese en cincuenta.  
MADRE: ¡En ciento basta!  
DIEGO: No hay sordo que oiga mal en su provecho.  
En cincuenta decimos.  
MADRE: Todo es vuestro.  
ALEJANDRO: (¡Qué divina mujer! ¡Qué bellos ojos! **Aparte**  
Mi corazón es cera; fácilmente  
se da al hermosa objeto  
cuando su proporción amable siente.  
Confieso mi flaqueza,  
confiésome indiscreto;  
mas no niego que puede esta belleza  
rendir los corazones, no de cera,  
de bronce inculto. De una airada fiera  
refrene la razón. ¡Loco antojos!  
¡Qué divina mujer! ¡Qué bellos ojos!)  
CARLOS: (Válgate Dios, amén, por casadilla! **Aparte**  
Olvidarla no puedo.  
Pensaba que con ver a Angela hermosa  
las especies borraría  
que en la memoria conservé dichosa,  
y a la luz de su cara  
desengañado quedo  
de aquella competencia que en el alma  
sentí dudosamente.  
Isabela venció. Doyle la palma.  
Hermosa es más la ausente.  
¿Si ya la novedad no maravilla?  
¡Válgate Dios, amén, por casadilla!)

**Sale GÓMEZ con naipes**

GÓMEZ: Aquí tienen las horas, sus mercedes,  
donde el oficio rezan al diablo.  
Cófrade fui en un tiempo;  
destruido me tienen sus figuras,  
que mil maravedís perdí en un año.  
DIEGO: No fue mortal el daño.  
LUIS: ¿Cómo se rifará?  
CARLOS: Que el peor la pague  
y habrá quínola sola.

**Pónense en un bufete a jugar**

ALEJANDRO: Jamás rifa gané. No vale mano.  
DIEGO: La primera será si aquésta gana.

**[Aparte la MADRE y ÁNGELA]**

MADRE: Acero son tus ojos y los lleva  
tras sí la imán de Carlos. Teme, hija,  
que es como el árbol el amor del alma,  
vara tierna al principio,  
después árbol copioso en cuyos ramas  
hacen nido las aves,  
y el mar rompen osados.  
Corta este amor con frágiles raíces.

ÁNGELA: Señora, ¿qué me dices?  
¿Aún mirar no me dejas?

MADRE: Somos profetas las que somos viejas.

DIEGO: Cincuenta.

LUIS: Flux.

CARLOS: Primera.

ALEJANDRO: Veinticinco.  
Páguela yo en efecto. Es evidencia,  
si juego, he de perder, y más si es rifa.

MADRE: ¿Quién la ganó?

LUIS: Quien volverá a su dueño  
la piedra que, excedida en hermosura,  
ufana está en su mano.  
(¡Dichoso yo si gano  
la voluntad con ella  
del cielo de quien es cándida estrella!)

A vuestra mano vuelve  
el diamante que ya la luz perdía.

ÁNGELA: No lo recibiré, por vida mía.

MADRE: Rapaza, no seas necia.  
¿No ves que es grosería?  
Los caballeros usan dar las rifas  
y el tomar no se excusa.  
Acaba.

ÁNGELA: Pues, si se usa...

#### ***Tómala***

ALEJANDRO: Aquí, señora, van cincuenta escudos  
dichosos más que el dueño que tenían.

ÁNGELA: Que perdiésedes, cierto me ha pesado.  
Ya tengo yo el diamante;  
servíos, Alejandro, del dinero.

MADRE: Rapaza, no seas necia.  
¿No ves que es grosería?  
Los caballeros usan pagar rifas,  
y el tomar no se excusa.  
Tómalos.

ANGELA: Pues, si se usa...

#### ***Toma el bolsillo***

DIEGO: (Sin haberla perdido, estoy picado). **Aparte**

GÓMEZ: ¿Los naipes?

ALEJANDRO: Jugaremos.

GÓMEZ:       ¿El barato  
              de los naipes?  
LUIS:         Juguemos.  
GÓMEZ:       ¿Naipes?  
DIEGO:       ¡Ea!  
MADRE:       Alerta, hija mía,  
              que enriquece en un día  
              un juego de estos una casa honrada,  
              si la del jugador deja abrasada.

*Pónense a jugar. Ellas se asientan en dos sillas y dejan  
una  
vacía en medio, que ha de haber tres, y la vieja está con un  
libro  
leyendo*

ÁNGELA:       (Con una nueva tibieza       **Aparte**  
              hallo en Carlos la afición.  
              Quiero hablarle, que es pasión  
              de nuestra naturaleza.  
              Ya tímidas, ya atrevidas,  
              somos con varios extremos;  
              queridas aborrecemos,  
              y amamos aborrecidas).  
              Carlos.  
CARLOS:       ¿Señora?  
ÁNGELA:       Esta silla te espera.  
CARLOS:       ¡Linda esperanza!

*Siéntase en la silla de en medio y lo mismo han de hacer  
todos  
[después]*

ÁNGELA:       Tu tristeza, tu mudanza,  
              oh Carlos, me maravilla.  
              Más alegre me mirabas  
              y con más amor te veía.  
              Mientras la culpa no es mía,  
              sin duda que más amabas.  
CARLOS:       Angela admirada dejás  
              el alma que te rendí.  
              Siempre me quejé de ti,  
              ¿cómo de mi amor te quejas?

*[La MADRE habla] como que está leyendo en voz  
alta*

MADRE:       "¡Oh, necia, loca atrevida,  
              que no tomas los consejos  
              de los padres y los viejos,  
              que son luces de la vida!  
              ¿Por qué tu amor lisonjero  
              se abate así a la pobreza?  
              Ama, hija, la riqueza

de un esposo verdadero."  
¡Lindo libro! ¡Qué bien hace discursos! Doblo la hoja.  
CARLOS: ¿Con quién tu madre se enoja?  
ÁNGELA: Cuando algo le satisface lee en voz alta.  
CARLOS: Si te oyó...  
ÁNGELA: Si me oyera, me matara. ¡Jesús!  
ALEJANDRO: ¿Por qué no repara?  
CARLOS: Suerte Alejandro ganó.  
ÁNGELA: ¿Quién es éste?  
CARLOS: Uno que tiene una mujer de los cielos.  
ÁNGELA: ¿Y proceden de esos celos las tristezas con que viene?  
"¡Una mujer de los cielos!"  
¡Fue terneza y melodía!  
¡Trocado estás, a fe mía!  
Donde hubo amor, nacen hielos.  
CARLOS: Dame nadie más cuidado.  
LUIS: Más.  
CARLOS: Quiero a ninguna más.  
DIEGO: Más.  
LUIS: Más.  
CARLOS: ¡Qué terrible estás!  
¡Para mi amor...  
ALEJANDRO: ¡Si ha parado...  
CARLOS: ¿Trueco yo, o acaso niego?  
ALEJANDRO: Una por otra.  
ÁNGELA: ¿Has oído?  
En mi causa han respondido.  
CARLOS: ¿Es tu oráculo aquel juego?  
Jugar quiero, y perderé por no escuchar tus porfías.

*Levántase CARLOS, y vase a jugar*

MADRE: ¡Ah! ¡No llegues a mis días!  
ÁNGELA: Otra vez me enmendaré.  
ALEJANDRO: ¡Los naipes! Nada han de dar.  
Soy gaitero desdichado.  
No hay dinero de contado.  
GÓMEZ: Pues, sáquenlo sin contar.

*Don LUIS se retira del juego con una cadena de oro*

MADRE: Don Luis gana. Está advertida.  
Con pena nos has tenido,  
don Lúis. Pues no has perdido,  
siéntate aquí por tu vida.  
Divierte un rato a Angelica  
porque no me estorbe a mí.  
LUIS: (Amor después que la di **Aparte**

la sortija, porque pica  
el dar como juego y celos.  
Quizás, como soy llamado,  
soy escogido).

*Siéntase en medio de las dos*

ÁNGELA: Yo he estado  
con sobresalto y recelos  
no perdieses, y te había  
sortija y dinero ya  
prevenido, y todo está  
a tu servicio, ¡a fe mía!  
LUIS: Antes, señora, gané  
esta cadenilla.  
ÁNGELA: Es buena.  
LUIS: Tuyos son dueño y cadena  
después que tu sol miré.

*[La MADRE habla] como que lee*

MADRE: "¡Lindo punto!  
Hija, no pase la ocasión."  
LUIS: Que yo nací  
sólo para amarte a ti  
.....[-ase]  
Véase claro, pues jamás  
supe de amor hasta amarte.  
ÁNGELA: ¿Nunca amaste en otra parte?

*Leyendo [la MADRE]*

MADRE: "¡Que lejos del punto vas!  
Oye, hija, vuelve al caso.  
Mira que yo no te entiendo."  
LUIS: ¡Con qué afecto está leyendo,  
alto una vez y otra paso!  
ÁNGELA: ¿Cómo no ha de estar dudoso,  
que de amor el dulce efeto  
carece un hombre discreto,  
galán, mozo y dadivoso?  
Quien a mí, con ser doncella  
de quien sólo ser amado  
puede sacar, hoy me ha dado  
una sortija y tras ella  
esa cadena me ofrece,  
¿qué no habrá rendido?  
MADRE: "¡Ansí!  
Al punto vas por ahí!"  
LUIS: No rinde quien no merece.

*Sale ROQUE y pónese a verlos jugar. subido sobre  
algo*

ROQUE:           Tras mi señor he venido,  
Baldovinos, que he sacado  
por el rastro. Y si ha jugado,  
rastro de sangre habrá sido.  
          En la estacada está puesto;  
desnuda tiene la espada,  
y la cadena preciada  
tiene por escudo y resto.  
          La espada esgrime y baraja,  
y su contrario ha parado.  
Suertes blancas han tomado.  
¡Más y más; que hiende y raja!  
          ¡Oh, qué sota! ¡Oh, qué herida!  
¡Que le han dado por la cara!  
¡Vive Dios, que la repara  
¡Caballo! ¡Troya es perdida!

*Al decir "caballo" es con un grito*

DIEGO:           ¿Quién da voces?  
ALEJANDRO:       De esa suerte  
          loco estás, siendo mi azar,  
          si acaso me ves jugar.  
ROQUE:           Y cuando pierdes sin verte,  
          ¿qué azar hay?  
GÓMEZ:           No se nos meta  
          Sancho Panza a esta aventura.  
ROQUE:           Pensé que eras la figura  
          que quitan a la carteta.  
GÓMEZ:           Figura y caballo soy  
          pues que me da pesadumbre  
          un lacayo.  
ROQUE:           Medio azumbre  
          hará la paz.  
GÓMEZ:           Tras ti voy. Naipes.

*Vanse GÓMEZ y ROQUE*

ÁNGELA:          De mi voluntad  
          poca retórica he sido,  
          pues [con] ella [he] conocido,  
          sin más arte, la verdad.  
          Confieso que el cielo ordena  
          que ame ya quien libre estaba,  
          y en señal de ser tu esclava,  
          comprar pienso una cadena,  
          como ésa, que en mi cuello  
          diga como tuya soy.

*[Siempre como comentando su lectura]*

MADRE:           "¡Oh, qué bien!"

LUIS: Si ésta te doy,  
más vengo a ganar en ello,  
pues la señal será mía.  
ÁNGELA: Yo la estimo, pero sea  
de modo que no la vea  
mi madre. ¡Que me daría solimán!  
MADRE: (Para la cara).  
LUIS: Nueva invención es de amor  
que el esclavo eche al señor  
la cadena.

**Aparte**

***Dale la cadena***

ÁNGELA: Cosa es clara  
que el señor es quien la da.  
Finge que vuelves al juego.  
Disimula.  
LUIS: Amor es fuego.  
Mal encubrirse podrá.  
Con dicha a esta casa vengo  
si en ella misma gané  
oro y amor, piedra y fe.

***Levántase y vuelve a jugar y don DIEGO se retira del juego  
con  
una cadena grande, [la] de ALEJANDRO***

ÁNGELA: (¡Víctor madre! ¡Ya la tengo!) **Aparte**  
ALEJANDRO: ¿Os levantáis? ¡Vive Dios,  
que es vil quien juega y soez!  
DIEGO: Quiero ganar una vez.  
CARLOS: Ya no jugamos los dos!

***[A Ángela]***

MADRE: La cadena de diamantes  
gana don Diego. Ésta es  
presa importante.

***[A la MADRE]***

ÁNGELA: Armo, pues,  
dos conceptillos amantes.  
MADRE: A dos capítulos llego,  
de grande gusto, mas ésta  
me divierte y me molesta.  
Entreténla aquí, don Diego.

***Siéntase [don DIEGO] en medio***

DIEGO: Hoy estoy de dicha. Amor,

prósperos fines ordena.  
Fortuna me dio cadena,  
dame tú alegre favor.

ÁNGELA:            ¡Jesús, qué desasosiego!  
¡Qué inquietud y qué agonías,  
temerosa que perdías,  
padecí este rato!

DIEGO:                                Luego,  
  ¿cuidado te dio, señora,  
mi pérdida o mi ganancia?

ÁNGELA:            No es lisonja, ni es jactancia.  
A mi madre dije agora,  
  "Madre, si don Diego pierde,  
mis joyuelas le he de dar  
porque se pueda esquitar  
y porque de mí se acuerde.  
  Pero quiso Dios, que es bueno,  
alegrarme en tal mal rato.

DIEGO:            (Esto es pedirme barato.           **Aparte**  
En diez doblas me condeno).  
  Ángela tus oraciones  
dado mis ganancias han.  
Si el diezmo a la iglesia dan,  
recibe estos diez doblones.

ÁNGELA:            ¿Diez doblones?    ¡Ah, don Diego!  
¿Barato he de recibir  
de quien tengo de servir?  
¡A qué poca estima llego  
contigo! Doncella soy;  
con madre celosa vivo.  
Solamente amor recibo,  
y amor solamente doy.  
  Sabe el cielo que quisiera  
tener que darte un tesoro,  
que sin piedras y sin oro  
rica con amarte fuera.

DIEGO:            Ángela, a tantas mercedes,  
¿qué te puedo responder?  
Tu esclavo eterno he de ser.  
Herrarme la cara puedes;  
mas antes que se me olvide,  
no soy a tu madre ingrato.  
Quiero darle este barato.  
¡Ah, señora!

MADRE:            ¿Quién me impide?  
DIEGO:            Voluntad buena me excusa. Toma.  
MADRE:            Nada he de tomar.  
ÁNGELA:            Caballeros usan dar barato.  
MADRE:            Pues, si se usa...

**Tómalo**

ALEJANDRO:        ¡Ah, socarrona maldita!  
  ¡Vieja engañosa infiel!  
  ¡Estafadora crüel  
que las haciendas nos quita!

¡Ah, sota, yo te maldigo!  
Siempre tu azar me mató.  
MADRE: (¡Qué sobresalto me dio! **Aparte**  
Pensé que hablaba conmigo).  
ÁNGELA: ¿Irás, tierno enamorado,  
y a tu dama le darás  
la cadena, y le dirás,  
"Ésta en tu nombre he ganado?"  
DIEGO: No tengo dama, a fe mía.  
ÁNGELA: Si eso fuere así, felice  
quien su voluntad te dice.

**Leyendo tres versos**

MADRE: "Siempre venció la porfía.  
Duro es el monte y se ablanda  
a las uñas de las fieras."  
¡Oh, si este libro leyeras!  
¡Qué buenas cosas nos manda!  
ÁNGELA: Como es joya de mujer  
más que de hombre esa cadena,  
alguna dama no buena  
luego te finge querer.  
Tú, que no eres zahareño,  
consideras que es ganada,  
dásela, queda obligada,  
tú con dama y yo sin dueño.  
¡Ah, don Diego! ¡Nunca yo  
venido a Madrid hubiera!  
DIEGO: No es cadena que la diera tan fácil.  
ÁNGELA: Quien la ganó nada pone de su casa,  
y más tú, que liberal  
eres a Alejandro igual.  
MADRE: "No pienso yo que eso pasa."  
DIEGO: Sólo es tuya, que con esto  
los diamantes son felices.  
ÁNGELA: ¡Qué tibiamente lo dices!  
No aceptaré. (Envido el resto). **Aparte**  
Haz, por tu vida, una cosa.  
La palabra me has de dar  
que la tienes de guardar  
para dársela a tu esposa  
cuando te cases.  
DIEGO: La doy.  
ÁNGELA: Eres blando y lisonjero.  
Ahora bien, guardarla quiero;  
tu depositaria soy.  
Ni la has de dar, ni jugar;  
ni escritorio ha de tenella.  
DIEGO: (Hoy salí con buena estrella; **Aparte**  
esto sin duda, es amar).  
ÁNGELA: En tanto que te casares  
y tu boda se concluya,  
en memoria de que es tuya,

**Vase quitando la cadena [a DIEGO]**

idolotrados altares  
serán estos eslabones,  
y quien el alma te da  
mejor te la volverá.  
En buena parte la pones.

DIEGO: Si el alma que es más preciosa  
tienes allá de amor llena,  
segura está la cadena.

*Dásela*

ÁNGELA: Cosa es clara.  
MADRE: (Es clara cosa). **Aparte**  
LUIS: Sobre palabras no juego.  
ALEJANDRO: Mi palabra vale más  
que el oro de otros.  
LUIS: Estás de enojo y cólera ciego.  
ALEJANDRO: Sea enojo o lo que fuere,  
mi palabra es de más precio  
que tu caudal, y es un necio  
el que otra cosa dijere.

*Vase sin cintillo en el hombro.*

CARLOS: Yo, sólo el cintillo gano  
con toda aquesta mohina.  
LUIS: Tu casa es cosa divina;  
en ella no meto mano.  
Vendré, mis señoras, luego.  
CARLOS: ¡Linda quimera, por Dios!  
No habréis de reñir los dos.

*Vase don LUIS*

ÁNGELA: Más es su amigo don Diego,  
Carlos, espera. Él irá.  
¡Corre, don Diego!  
DIEGO: El perder le disculpa.

*Vase don DIEGO*

ÁNGELA: ¿Es su mujer  
la que llamándote está?  
CARLOS: De tu error me maravillo.  
¿A eso vuelves?  
ÁNGELA: Sí, que veo  
en ti un ardiente deseo  
de gozar este cintillo  
sólo porque es del marido  
de la "mujer de los cielos."  
CARLOS: ¡Oh, qué impertinentes celos!

ÁNGELA: Celos no, codicia ha sido.  
CARLOS: El cintillo y todo el oro  
del mundo estimo yo en eso.

**Arroja el cintillo y vase**

ÁNGELA: Carlos, oye.  
MADRE: Este suceso vale para mí un tesoro.

**Levántalo la MADRE**

ÁNGELA: Escucha.  
MADRE: ¡Qué necia amante! ¡Déjale!  
ÁNGELA: Tu fe es muy poca, Carlos.  
MADRE: ¡Angela, estás loca!  
ÁNGELA: ¡Qué terrible!  
MADRE: ¡Qué ignorante!

**Vanse. Salen ALEJANDRO y ROQUE**

ALEJANDRO: ¿Nos siguen?  
ROQUE: Persona alguna  
parece y en casa estás.  
ALEJANDRO: ¿Has visto, Roque, jamás  
tal estrella, tal fortuna?  
¿Qué adversos astros serán  
éstos que al fuego me inclinan,  
y rigor me determinan?  
ROQUE: Las estrellas de Vilhán.  
Sólo sé, y ando acertado  
que el tahir necio o astuto  
es el animal más bruto  
que en el campo ha rebuznado.  
¿Qué mono en agua ha caído,  
donde se pudo ahogar  
porque no sabe nadar,  
que un charco no haya temido?  
¿Qué mula dio un tropezón,  
o cayó en un hoyo acaso,  
que no huya de aquel paso  
con mulesca discreción?  
¿Qué borrico adelfas come  
y dolor de tripas tiene,  
que si a ver adelfas viene,  
en su boca asnal las tome?  
¿Qué zorra, mi prima fiel,  
en un gallinero entró,  
donde muerta se fingió,  
que vuelva otra vez a él?  
No hay bruto que no escarmiente  
de una vez, y el jugador,  
como obstinado en su error  
su daño mismo no siente.  
ALEJANDRO: Dices bien, y tanta ha sido

en esto mi obstinación,  
que sólo me da pasión  
que del juego me he venido.

ROQUE: Pues, volverse en conclusión.

ALEJANDRO; Qué jugar no queda, ¿cómo?

ROQUE: Si como te hiciste momo  
te hubieras hecho bufón,  
vestido y dientes quedaban.  
Soldado me has parecido  
de agua dulce, que ha venido  
donde sus padres estaban.

Sale con plumas bríoso  
y hundiendo casi la tierra,  
dice: "¡A la guerra, a la guerra!"  
Galán, soberbio y furioso  
piérdese de mal pagado,  
vuelve y camisa no tiene.  
Dícenle: "¿De adónde vienes?"  
Responde muy mesurado,

"De la guerra." De este modo  
saliste de joyas lleno,  
hecho un Narciso o Vireno,  
cuello y puños a lo godo.

Daban los diamantes llamas,  
y al brillar sus luces vivas,  
soberbio dijiste que ibas  
a jugar y a matar damas.

Ya si llegan a saber,  
como pensativo estás,  
de adonde vienes, dirás:  
"De jugar y de perder."

ALEJANDRO: Roque, basta, que no soy mármol.

**Sale ISABELA**

ROQUE: Mi señora sale.

ALEJANDRO: ¿Qué vergüenza hay que se iguale  
a la que sintiendo estoy?

ISABELA: Mi señor, ¿estás aquí  
y avisar no mandarás?  
¿Cómo vienes? ¿Cómo estás?  
¿Qué tristeza es ésta? Di.  
¿Traes salud?

ALEJANDRO: Señora, sí.

ISABELA: ¿Y honra?

ALEJANDRO: También.

ISABELA: Di la suerte:  
¿qué mal puede haber tan fuerte  
que turbe nuestras acciones  
si faltan las dos pasiones  
que abren camino a la muerte?

ALEJANDRO: Vengo sin joyas.

ISABELA: Señor, no es caso tan riguroso  
que en ánimo generoso  
deba engendrar tal dolor.

Joyas tengo de valor.

**[A ROQUE]**

Pide el cofrecillo luego.

**Éntrase ROQUE**

Vuelve, si gustas, al juego,  
porque si en esto consiste  
el dejar de estar tan triste,  
quiero comprar tu sosiego.

ALEJANDRO: Amor te debo, y finezas  
no ordinarias, mi Isabela.  
Tu buen ánimo consuela  
mis errores y tristezas.

ISABELA: No te daré las riquezas  
que se escriben del rey Midas,  
pero joyas guarnecidas  
de infinita voluntad.

ALEJANDRO: Pase, Isabela, tu edad  
el término de las vidas.

**Sale ROQUE con un cofrecillo**

ISABELA: Esta rosa de diamantes,  
y estos dos apretadores  
puedes tomar, y estas flores  
a mi afición semejantes.  
Toma esta cintura.

ALEJANDRO: (Amantes, **Aparte**  
envidia tan grande amor).

**[ROQUE y ALEJANDRO hablan a un lado]**

ROQUE: ¿Cómo lo tomas, señor?

ALEJANDRO: Picado estoy, y porfía  
mi estrella.

ROQUE: (¿Qué cortesía **Aparte**  
no estragará un jugador?)

ALEJANDRO: ¡Ah, Roque! Con tu licencia,  
esta rosa has de llevar  
a Ángela (que al jugar **Aparte**  
y al perder en su presencia,  
sentí de amor la violencia).  
Descortés salí.

ROQUE: (¿Esto pasa? **Aparte**

ALEJANDRO: Di que el perder en su casa fue ganar.

ROQUE: (¡Qué desvarío!) **Aparte**

ALEJANDRO: Y así en barato le envío  
flores que su sol abrasa.  
Cúbrela, que no la vea  
Isabela.

[A ella]

Adiós, señora,  
yo vuelvo dentro de una hora,  
que el alma veros desea.  
¿Qué fortuna habrá que sea  
contraria a joyas que dio  
un amor que igual no vio?

Vase [ALEJANDRO]

ISABELA: Dime, Roque, una verdad.  
¿Fue fineza o necedad,  
ésta que agora hice yo?  
ROQUE: Necedad, y la mayor  
que una burra prieta ha hecho.  
ISABELA: Quise sosegar su pecho.  
ROQUE: ¿Joyas das a un jugador?  
ISABELA: Yo no las di, sino Amor.  
ROQUE: Pues, yo del agua vertida  
tengo la media cogida.  
Guarda, Isabela, esta rosa,  
y no lo sepa, que es cosa  
que me costara la vida.

Vase [ROQUE]

ISABELA: Al pacífico mar su leño entrega  
marinero feliz, y en salvamento,  
a pesar de las aguas y del viento,  
coronado de flámulas navega.  
Otro se atreve al mar, y apenas llega  
cuando sufre el rigor de este elemento.  
Tal es a la mujer el casamiento;  
una se salva en él, otra se anega.  
Vívase en paz y amor cuando hay ventura,  
mas cuando el hado con rigor porfía,  
¿qué pueden la virtud y la hermosura?  
No sé qué tal será la suerte mía;  
sé que dice el proverbio: "Poco dura  
en casa del tahir el alegría."

**FIN DEL ACTO PRIMERO**

**ACTO SEGUNDO**

---

*Salen ALEJANDRO y ROQUE*

ALEJANDRO:     ¿Cuándo al riguroso hado  
que los astros determina,  
lastimará la ruina  
de mi paciencia y estado?  
Cielo hermoso, cielo airado,  
¿No he de mirar vez alguna  
el rostro de la Fortuna  
benigno en las cosas mías?  
Aun tú eres cielo y varias  
los afectos de la luna.  
    ¡Ah, juego! Tu mal eterno  
mis desdichas hace iguales.  
Tres máquinas dio, infernales,  
contra el hombre el cruel infierno  
en este tiempo moderno:  
duelo dio contra el honor;  
contra la vida, el furor  
de la pólvora estupenda;  
y naipes contra la hacienda,  
que fue la furia mayor.

ROQUE:           ¿Siempre has de ser Jeremías,  
siempre llorar y perder?

ALEJANDRO:       Juramentos he de hacer  
de no jugar en mis días.

ROQUE:           Un ladrón de esa manera,  
después que por varios casos  
daba los últimos pasos  
que son los de la escalera,  
    cuando ya el verdugo estaba  
¿Arrójolo...? ¿No lo arrojo...?,  
con piedad o con enojo  
de esta manera juraba:  
    "Cielo, de luz escogida,  
amparadme en este aprieto,  
que yo os juro y os prometo  
de no hurtar en mi vida."  
    Así, señor, tu jurar  
vendrá a ser como este cuento,  
pues haces el juramento  
cuando ya no hay qué jugar.

ALEJANDRO:       ¡Ay, Roque! En tantas fatigas  
aun me queda algún consuelo.

ROQUE:           ¿Y es?

ALEJANDRO:       El ángel de mi cielo.  
Bien es que otra vez me digas  
qué dijo al tomar la rosa  
de diamantes que le diste.  
¿Mostró el rostro alegre o triste?  
¿Te pareció muy hermosa?

ROQUE:           Agora se me ha ofrecido

remedio para quitarte  
el jugar; tan buen arte,  
de un albéitar la he aprendido.

En dos distancias iguales  
dicen que si al asno pones  
de paja iguales porciones,  
son sus ganas tan bestiales,  
que ignorando a cuál irá,  
se estará indeterminado  
sin poder comer bocado  
de una ni otra. Así estará  
tu inclinación con sosiego.  
Pondrémoste en una parte  
una mozuela del arte,  
y de otra tablas del juego.

Tú, a ambas cosas inclinado,  
ya Vilhán y ya Narciso  
te quedarás indeciso,  
ni tahir ni enamorado.

ALEJANDRO: A ser bufón te condeno.  
De tus locura me río.

ROQUE: ¿Tan necio soy y tan frío  
que para bufón soy bueno?  
¿Por qué ahora...?

ALEJANDRO: Háblame antes de Ángela.

ROQUE: Hecho, señor,  
tu pajecico de amor,  
le di la flor de diamantes,  
y con mucha cortesía  
la tomó, dando a entender  
que aunque es honesta mujer,  
que te amaba y te quería;  
que no ha visto en hombre agrado  
que más a su gusto cuadre;  
mas que tendrá, por su madre,  
este amor disimulado.

No ha de hablarte en su presencia,  
y también se ha de enojar  
si vuelves más a jugar.  
Ésta es, señor, la sentencia.

(¡Sáqueme Dios de este enredo **Aparte**  
con mi cara entera!)

ALEJANDRO: En algo diré ya que mucho valgo,  
y llamarme feliz puedo.,  
No había de ser en todo  
desdichado; si hoy apenas  
vi sus ojos, ¡oh sirenas!,  
y me quiere de este modo.

Antes, con descortesía,  
yo de su casa salí...

ROQUE: Sin duda perdiste allí  
con donaire y gallardía  
y éste su flechazo fue.

ALEJANDRO: Un papel le he prevenido,  
que después de haber perdido  
con este me despiqué,  
y lo has de llevar.

ROQUE: (Aquí mi mentira ha de ir creciendo, **Aparte**  
pero sus joyas defiendo  
llueva o nieve sobre mí).

*Dale el papel*

ALEJANDRO: Roque, el vestido bordado  
de Isabela en mi aposento  
tengo escondido, que exento  
solo del juego ha quedado.  
Sin ser visto, entra por él  
y a doña Ángela lo lleva,  
Dafne de estos siglos nueva  
más hermosa y más cruel.

ROQUE: (¿Hay perdición como aquésta? **Aparte**  
No se lo pienso estorbar  
porque no le he de llevar).

ALEJANDRO: Y no vengas sin respuesta.

ROQUE: Yo la traeré. (Mas notada **Aparte**  
de mi ingenio lacayuno).

*[Vase ROQUE]*

ALEJANDRO: Amor, desde hoy importuno  
tu templo y ara sagrada.  
Mi amor será sin igual  
y, ¿qué mucho que si el juego  
me hizo pródigo y, ciego,  
me hagas tú liberal.

*Sale ISABELA*

ISABELA: Alejandro, mi señor,  
no viváis con inquietud;  
que perderéis la salud  
que es la pérdida mayor.  
Turbar las horas del día,  
dormir poco y comer tarde  
no es regla con que se guarde  
vuestra vida que es la mía.  
No lloro mi soledad,  
mi propio daño no siento;  
que es de vuestro entendimiento  
esclava mi voluntad.

ALEJANDRO: ¡Ángela, tantos agravios!

ISABELA: ¿Ángela soy? No es bien hecho  
que el ángel que está en el pecho  
salga por yerro a los labios.

Y si en él, dos se reciben,  
entre yo a tan dulce unión,  
porque es cielo el corazón  
donde los ángeles viven.

ALEJANDRO: ¿Llamarte Ángela es tormento?

ISABELA: Ángel de pena seré

porque de gloria yo sé  
que ni la doy ni la siento.  
ALEJANDRO: Déjame ya de enfadar.  
Dame de comer, que vengo  
con grande gana.  
ISABELA: No tengo  
cosa que poderte dar.  
ALEJANDRO: ¿Cómo no?  
ISABELA: Pues que dinero,  
vestido, joya ni plata dejaste.  
ALEJANDRO: ¡Mujer ingrata,  
que finge amor lisonjero!  
¡Vive el cielo que te mate  
la cólera con que vengo.

***Mete mano a la daga***

ISABELA: ¿Qué he de hacer si no lo tengo?  
ALEJANDRO: ¡Buscarlo! (¿Qué disparate **Aparte**  
no ha de hacer un jugador  
hambriento y desesperado?)  
ISABELA: ¿Daga para mí has sacado?  
¿Esto es honra? ¿Esto es amor?

***Vase [ALEJANDRO]***

Escuchad mis querellas,  
imágenes hermosas de los cielos,  
si escuchan las estrellas  
desdichas de mujer que llora celos,  
desdén, olvido, engaños,  
en el abril florido de sus años.  
Hermosísima luna  
que tres veces al mes mudas semblante,  
la voz oye importuna  
de una simple mujer, tórtola amante  
de un ingrato marido  
que en menos tiempo más mudable ha sido.

***Sale MARCELO y quédase a la puerta  
escuchando***

Misera yo, engañada,  
avecilla inocente que cautiva  
en la red marañada  
en eterna prisión mientras que viva,  
en vez del dulce canto  
mis músicas serán penas y llanto.  
Daré a los elementos  
materia con dolor y sin sosiego,  
suspiros a los vientos,  
mis lágrimas al mar, mi amor al fuego,  
y a las arenas pías,  
pálidos huesos y cenizas frías.

MARCELO:       Isabela, señora,  
consuelo de mi edad, serena el llanto.  
El alba es la que llora,  
que no el cándido sol del cielo santo.  
La nube es la que llueve,  
el cielo no, que en círculos se mueve.  
      Serena, pues, los ojos,  
soles hermanos y animados cielos,  
y dime tus enojos.

ISABELA:       Alejandro, señor, tras darme celos,  
jugar joyas y plata,  
vestidos y dineros, mal me trata.  
      Con el desnudo acero  
me pidió de comer, no lo tenía,  
que aun yo de hambre muero.  
Que los "buscase" dijo, ¡oh, tiranía!  
¡Palabra vil, infame!  
¿Que me manda el honor que ansí la llame!  
      ¿Qué más, señor, dijera  
un hombre sin honor, que al ocio y gula  
se entrega, de manera  
que a su incasta mujer le disimula  
vivir libre, y consienta  
el invisible peso de la afrenta?

MARCELO:       No llores, hija mía,  
la pródiga pasión de aquel ingrato.  
En mis riquezas fía.  
El fénix te traeré para tu plato,  
y sus rosadas alas  
servirán de penachos en tus galas.  
      Las joyas más subidas  
de humana estimación guardadas tengo.  
Seré un segundo Midas,  
racimos de diamantes te prevengo,  
y para tu tesoro  
dará perlas el mar, los montes oro.  
      Más galas y hermosura  
el mayo no tendrá cuando desata  
la nieve helada y pura;  
rosas de sangre da, y lirios de plata  
y en las flores süaves  
beben aljófara las pintadas aves.  
      Ni el pavón envidioso  
que diadema de rey le da osadía,  
y al fénix más hermoso  
en esferas de pluma desafía,  
velando a sus espaldas  
cien ojos de jacintos y esmeraldas.

***Dale un bolsillo***

      Estos escudos toma  
y prevénle un espléndida comida.  
Tu sentimiento doma  
alegre has de mostrarte. Está advertida  
que joyas traerás bellas,

mas no sepa que soy el dueño de ellas.  
Las bárbaras razones  
que te dijo, remedio han descubierto  
de enmendar sus acciones.  
Los celos del honor, es caso cierto,  
remediarán el daño,  
y a mi cargo estará su desengaño.

***Sale con un vestido ROQUE***

ROQUE: Encierra, mi señora,  
este vestido donde no lo vea.  
MARCELO: ¿Llevábasle tú agora  
para jugarlo?  
ROQUE: Sea lo que sea;  
que no seré yo cuerdo  
si la cadena de diamantes pierdo.  
Restaurarla imagino  
porque tú la estimaste.  
MARCELO: Es buen criado.  
Tú me has de abrir camino  
para ver a este pródigo enmendado.  
ROQUE: Yo, señor, lo quisiera  
para ver si matamos la ternera.

***Vanse. Salen CARLOS y DOMINGO***

CARLOS: No estaban en su casa  
don Diego y don Luís.  
DOMINGO: Salido habían.  
CARLOS: En casa de don Pedro  
podrán estar jugando. Sube y mira  
si hay juego. Pero espera,  
que yo quiero subir.  
DOMINGO: Aquí te aguardo.

***Vase [CARLOS]. Salen don DIEGO y don LUIS***

DIEGO: Si estuviere Alejandro  
en casa de don Pedro, ¡por mi vida!,  
que le tienes de hablar.  
LUIS: De buena gana,  
que no llegó su cólera a palabra  
que el hablarle me impida.  
DIEGO: Veremos a doña Ángela.  
LUIS: Es temprano.  
Si juegan en la casa de don Pedro,  
jugaremos un rato.  
DIEGO: ¿Está aquí tu señor?  
DOMINGO: Buscándoos vino.

***Sale ROQUE***

ROQUE: (Vi pasar a don Diego **Aparte**  
y sin aliento llego). Una palabra,  
don Diego, mi señor.  
DIEGO: ¿Qué quieres Roque?  
ROQUE: Marcelo te suplica  
que le des la cadena de diamantes,  
tomando su valor en oro o plata  
porque era de su gusto.  
DIEGO: Luego al punto  
que la gané, la di a cierta señora  
a que ella la guardase, y grosería  
parecerá el pedírsela tan presto.  
Yo haré lo que me manda,  
pasando algunos días.

*Vanse LUIS y DIEGO*

ROQUE: (¿Luego al punto **Aparte**  
a señora la dio? Pues que me maten  
si no la tiene aquella sevillana  
cuya figura representa roque  
en los amores de Alejandro. Quiero  
esperar a que baje de esta casa  
para darle un papel muy lisonjero  
de doña Ángela... no, de su escudero).  
DOMINGO: Acaso, sor galán, ¿está su dueño  
jugando en esta casa?  
ROQUE: O juega o mira.  
¿De adónde es, so galán?  
DOMINGO: Soy de Sevilla.  
ROQUE: ¿Y tiene amo tahir?  
DOMINGO: Aquí le aguardo  
con ganas de hugar veinte reales  
que me comen aquí.  
ROQUE: Rasarlos quiero.  
Yo tengo naipes, que estos son percances  
de aquellos que servimos a tahures.  
DOMINGO: ¡Vaya para roín el gran diablo!  
Y pues huegan, huguemos.

*Quítase la capa ROQUE y pónela para jugar encima y  
quítase el sombrero y espada*

ROQUE: Esta capa ha de ser el sobresuelo  
pues que no puede ser la sobremesa.  
DOMINGO: Aquí me siento yo.  
ROQUE: Siempre acostumbro  
jugar cómodamente. Espada mía,  
guardad este sombrero.  
DOMINGO: ¿A qué se ha de jugar?  
ROQUE: Al parar llano.  
DOMINGO: Alcemos por la mano.  
ROQUE: Una sota.

DOMINGO: Un caballo; el naipe es mío.  
Pare con mucho brío.  
ROQUE: Correr y pararse cuatro reales.  
DOMINGO: Un as y un siete. La de Guadalupe,  
encamine estos bueyes.  
ROQUE: As.  
DOMINGO: Perdílos.  
Hágome momo.  
ROQUE: Hágase diablo.  
DOMINGO: ¿Qué me para?  
ROQUE: Otros cuatro.  
DOMINGO: Dos y caballo. ¡Arre acá, Babieca!  
ROQUE: El niño entre dos palos. ¡Oh Cupido!

*Vagando ROQUE y juntando el dinero que se vea  
bien*

DOMINGO: Otros cuatro he perdido.  
ROQUE: ¡Hágase momo más!  
DOMINGO: Hágome momo.  
ROQUE: Pues, los ocho le paro.  
DOMINGO: Siete y cinco.  
Quinas de Portugal, vendréis un día.  
ROQUE: Ya yo he visto la mía.  
DOMINGO: También ésta perdí.  
ROQUE: Mas si ganase  
al paso que Alejandro va perdiendo...  
DOMINGO: Hasta hacer una suerte el naipe es mío.  
ROQUE: Ocho reales.  
DOMINGO: Rey y tres. Felipo,  
ven con tu espada aquí.  
ROQUE: ¡Gran pie de perro,  
ocho reales!  
DOMINGO: ¡Vive Dios, no sufra  
tantas desdichas el mayor cornudo!

*Arroja los naipes DOMINGO detrás de ROQUE y él se  
levanta  
a cogerlos y entretanto [DOMINGO] le lleva capa, espada, dineros y  
sombrero*

ROQUE: ¿Coléricas, no habiendo más barajas,  
mi señor sevillano? Poco a poco  
los naipes cogeré esta vez, mas otras  
los coja un sacaporras;  
que a fe que juega con tahur, que sabe  
perder el sol que sale y se pone.  
Párame largo, esquitaráse presto.  
¡Ah, señor sevillano!  
¡Ah, señor andaluzo, es burla! ¡Acaba!

*Anda ROQUE entrando y saliendo, buscando*

¡Ah, borracho lacayo, rascamulas,

que no limpiacaballos!  
Hecho me deja un Juan Paulín en cueros.  
¡Ay, de vosotros! ¡Ay, capa y espada,  
mi sombrero y dineros!  
¡Un albís me dejó el de la hugada!

***Sale ALEJANDRO***

ALEJANDRO: No hay hado ni fortuna,  
ni dicha ni desdicha en este mundo.  
Es juicio de los cielos  
este rigor profundo  
que mi vida importuna  
en justos paralelos.  
El bien y el mal, en mérito y castigo,  
se dan al malo y bueno.  
Mi hacienda perdí ya, juego enemigo,  
y sobre mi palabra  
ahora perdí más. Yo me condeno  
a que la tierra sus gargantas abra.  
¡Oh, Roquillo! ¿Aquí estás?  
ROQUE: ¡Vaya, un partido!  
Los dos para los dos. Vengan pelotas.  
¡Jugar! ¡Venga! ¡Ya va! ¡Falta! ¡No es falta!  
¡Choza, muchacho, allí! ¡Vale! ¡Lo quiero!  
¡Pelotas! Oh, qué floja! ¡Envidia, envidia!

***Hace que hincha la pelota***

¡Chis, chis! ¡Cómo está buena!  
¡Jugar! ¡Qué bien! ¡Tener quince! ¡No es quince!  
¡Señor don [Berenjena], una atraviesas  
sacó la vuestra! ¡Primo con vusía!  
¡No quiero atravesar, por vida mía!  
ALEJANDRO: ¿Estás borracho o loco?  
ROQUE: Todo.  
ALEJANDRO: Dime,  
¿qué haces?  
ROQUE: ¿No lo ves?  
ALEJANDRO: ¿La capa?  
ROQUE: Pesa.  
¿Qué jugador has visto de pelota  
que sombrero ni capa tenga encima?  
ALEJANDRO: Dime, Roquillo, ¿cómo estás en cuerpo?  
ROQUE: Dormíme en ese poyo y llegó Caco.  
ALEJANDRO: Pesado sueño fue.  
ROQUE: ¡Y pesada burla!  
ALEJANDRO: ¿Y en mi negocio, te has dormido?  
ROQUE: Grullo  
he sido vigilante.  
ALEJANDRO: ¿Traes respuesta?  
ROQUE: ¡Y cómo que la traigo!  
ALEJANDRO: ¡Ah, Roque, amigo!  
Como estoy sin cadenas y sin joyas,  
a vistarla no me atrevo. Vióme

galán la vez primera.  
Agora, ¿qué dijera?

ROQUE: Un arbitrio he de darte a ese propósito.

ALEJANDRO: Dame el papel.

ROQUE: Escúchalo primero.  
Cayó, por sus pecados, una zorra  
en una trampa que un pastor le puso.  
Huyóse aunque la cola  
cortada se quedó en la trampa aguda.  
Andaba triste y sola  
como mona la pobre. Al fin propuso  
a su zorruno rey que hiciese cortes,  
que a toda la república importaba  
la causa que trataba.  
Juntáronse las zorras a consejo  
y ella sentada, por cubrir su falta,  
dijo que convenía  
que sin hopos viviesen, pues el hopo  
a ninguna servía  
sino de pelo y lazo a ser cogidas;  
que importaba a sus vidas  
ser descoladas. Pero a tal consejo,  
su rey, zorrazo viejo,  
respondió: "Levantaos, que ver queremos  
si acaso tenéis cola." Levantóse  
y el arbitrio rióse.  
Tú puedes, mi señor, a los galanes  
de la corte decir, que les conviene  
que cadenas y joyas no se pongan,  
pues, se pierden al juego  
y a las damas también la causa incita.  
Y yo juntaré a cortes mis lacayos,  
y a todos propondré no traigan capas  
y en cuerpo acompañemos  
y a los pajes del rey imitaremos.

ALEJANDRO: ¿Siempre de humor?

ROQUE: ¿Y tú, de dolor siempre?

ALEJANDRO: Dame el papel, y mira si un bocado  
hallas en casa, porque no he comido.

ROQUE: Toma el papel, saeta de Cupido.

**Vase [ROQUE]**

ALEJANDRO: ¡Ah, nema, tú que guardas el secreto  
de mi dichoso amor! Rómpese luego.

**[Lee la] carta**

"Señor, muy enojada  
me tiene vuestra gran descortesía,  
pues amándoos yo tanto  
no ha sido respetada  
mi palabra y mi fe. ¡Qué grosería!  
De vuestra discreción sola me espanto,  
pues habiéndoos pedido

que no juguéis, ¿me habéis obedecido?"  
En efecto ha sabido que he jugado  
después que me mandó que no jugase.  
¡Qué bien se ve que amado  
de doña Ángela soy! A visitarla  
iré esta tarde.

**[Sale] ROQUE**

ROQUE: Mi señor, albricias.  
La casa está de bodas. Unos manteles,  
que al ampo de la nieve se aventajan,  
cubren la mesa, que con varias flores  
un banquete de mayo representan.  
Un pavillo, un capón y dos pe[r]dices  
arremetieron luego a mis narices  
con olor aromático, y de vino,  
que puede dar consejo,  
la cantimplora llena y sepultada  
en la nieve mejor que vio Granada.  
Y aquello que me espanta, en un bufete,  
como olvidados, vi muchos doblones  
que luego mi señora  
recogió, vergonzosa.

ALEJANDRO: ¿Está enojada?

ROQUE: Ni alegre más la vi, ni más hermosa.  
Sin enojo y mohina,  
ella da prisa a todo en la cocina.

ALEJANDRO: ¿A quién habrá pedido  
Isabela dineros?

ROQUE: No habrá sido,  
al menos, a tu padre; que hoy me dijo,  
"Adviértele a mi hijo  
que conserve su hacienda, y que no espere  
de mí cosa ninguna."

ALEJANDRO: Vamos, pues, a comer; que la Fortuna  
a nadie desampara.

**Vase ROQUE**

Un veloz pensamiento,  
con las alas, hirió mi fantasía,  
y de ella resultó al entendimiento  
juzgar severamente  
de la desdicha mía.  
¡Ay, ilusión fantástica, detente!  
Imaginado mal, antojo o sombra,  
afecto que no sé cómo se nombra,  
en el alma te encierra.  
No salgas a los labios;  
no incites la memoria a infame guerra.  
¿Isabela está alegre con agravios?  
¿Mi casa regalada con pobreza?  
¿Isabela sin deudos, sin amigos,  
con flores y riqueza?

¡Ah, nunca yo dijera una palabra  
colérica imprudente!  
¡Ay, ilusión fantástica detente!  
Negóme de comer. No lo tenía.  
Que lo buscase dije. ¡Oh, lengua necia!  
Mas, ¡cómo, si es Lucrecia,  
si es Porcia, si es Penélope, la agravio?  
Corazón infiel, no llegue al labio  
tan sutil pensamiento,  
que aun no conviene que lo escuche el viento.

*[Salen] ROQUE y FABIÁN*

ROQUE: ¿No vienes a comer?  
ALEJANDRO: Ya voy.

*Vase ALEJANDRO*

ROQUE: Pregunto:  
¿me sabrás ayudar en cierto engaño?  
FABIÁN: ¿De provecho o de daño?  
ROQUE: De provecho.  
FABIÁN: Sabré.  
ROQUE: ¿Y sabrás fingirte  
un aguacil de corte?  
FABIÁN: ¡Y cómo que sabré, como te importe!

*Vanse. Salen la MADRE y GÓMEZ*

GÓMEZ: Marcelo Gentil espera  
a que licencia le des  
para entrar acá.  
MADRE: ¿Quién es?  
GÓMEZ: Un hombre que yo quisiera  
ser dueño de su caudal.  
Ni es muy mozo, ni muy viejo;  
hombre de cuenta y consejo,  
ginovés y principal.  
MADRE: Entre persona tan rica;  
que nos querrá, si es su intento,  
tratar algún casamiento  
con el ángel de Angelica.

*Sale MARCELO*

MARCELO: (Aunque finja que hay en mí **Aparte**  
verdor, con esta mujer  
he de procurar hacer  
que Alejandro no entre aquí).  
GÓMEZ: Algo sorda es mi señora;  
háblele recio, señor.  
MARCELO: Tenedme por servidor.  
MADRE: Yo soy vuestra servidora.

**Siéntanse**

MARCELO: Los que en la veloz edad  
casi a la vejez llegamos,  
siendo cuerdos, procuramos  
sosiego, paz y verdad.  
Antes que llegue al intento  
con que en esta casa estoy,  
es bien deciros quién soy.

MADRE: (Esto huele a casamiento). **Aparte**

MARCELO: Gracias al cielo, yo tengo  
honra y caudal.

MADRE: Ya lo sé.

MARCELO: De ese modo, excusaré  
los discursos que prevengo,  
y digo pues, que deseo  
hallarme en casa aliviado  
del doméstico cuidado  
ya que con otros me veo.  
Mi condición es sencilla  
y, pues, mi edad no lo impide...

MADRE: (¿De esta trecha me la pide? **Aparte**  
Borraca es la rapacilla  
para darle hombre mayor).

MARCELO: Elegir pretendo estado,  
y segunda vez casado,  
vivir con gusto y amor.  
Un hijo solo que tengo  
tiene su hacienda, y la mía  
llega a cien mil este día.  
Rico estoy. ¿Qué me detengo?

MADRE: (¡Lindo caudal! Plega a Dios **Aparte**  
que la pueda convencer,  
porque siendo su mujer,  
pasaremos bien las dos).

MARCELO: Hice elección, informado  
de la virtud que he sabido  
de esta casa, y así he sido  
el tercero y desposado.  
A nadie quise fiar  
mi intención, y así os suplico...

MADRE: (¡Qué casamiento tan rico! **Aparte**  
Yo se la pienso entregar).

MARCELO: ...que os suplico, digo pues,  
¿queráis, señora, ser dueño  
de mi casa?

MADRE: (¡Jesús! ¡Sueño!  
**Aparte**  
¡Si me pide a mí!) ¿Quién es  
la que habéis pedido?

MARCELO: Vos,  
que son la virtud y edad,  
discreción y cualidad  
a mi propósito.

MADRE: (Dios me ha deparado este bien. **Aparte**

Tanta la hipocresía  
esta ventura me envía,  
aunque yo no soy también  
muy vieja ni mal tocada).  
Digo, mi señor, que soy  
vuestra hechura, y ansí estoy  
obediente y obligada.

MARCELO: Pues, señora, si ansí pasa,  
una merced solamente  
os pido: que no entre gente  
a visitar esta casa,  
ni a jugar como otras veces;  
que demás de ser malinos,  
los ojos de los vecinos  
son rigurosos jüeces.  
No soy celoso, mas esto  
convendrá, por vida mía,  
hasta que se llegue el día  
de la boda, y será presto.

MADRE: Un monasterio, señor,  
ha de ser de aquí adelante  
mi casa. (Si es importante **Aparte**  
decirle cómo es error  
que soy sorda..., pero no,  
hasta ver en lo que para).

MARCELO: Pues, ya mi dicha está clara.  
Dadme licencia, que yo  
a veros vendré después.

MADRE: Soy vuestra esclava.

MARCELO: (¡Y mi abuela! **Aparte**  
Creyólo la vejezuela;  
ligera de cascos es.  
Para corregir un hijo,  
¿qué no intenta un padre bueno?)

**Vase [MARCELO]**

MADRE: El pecho me deja lleno  
de juvenil regocijo.  
Loca quedo de contento.  
¡Angelica!

**Sale ÁNGELA**

¡Ángela, escucha!  
¡Qué priesa tienes!  
MADRE: No es mucha  
para tan gran casamiento.  
Las visitas, hija mía,  
ya han cesado. Hay gran misterio.  
Esta casa es monasterio  
de descalzas. Este día  
tu remedio y tus cuidados  
caminan con otro paso.

ÁNGELA: ¿Qué me dices?  
MADRE: Que me caso.  
ÁNGELA: ¿Con quién?  
MADRE: Con cien mil ducados  
y hombre dos veces gentil.  
ÁNGELA: ¿Con años?  
MADRE: Solos cuarenta.  
ÁNGELA: Yo me casaré a esa cuenta  
con veinte y doscientas mil.

**Sale FABIÁN con vara**

FABIÁN: ¿Quién está en casa?  
ÁNGELA: ¿Quién llama?  
FABIÁN: El que serviros codicia.  
ÁNGELA: ¡Ay! ¿En casa la justicia?  
FABIÁN: ¿Es buey de hurto?  
MADRE: Y que infama  
la mujer más casta y buena.  
FABIÁN: Don Diego Osorio me envía,  
por señas; que en este día  
aquí ganó una cadena  
de diamantes, y la dio  
a guardar secretamente  
a vuesa merced.  
ÁNGELA: ¡Él miente!  
FABIÁN: ¡Mis señora, eso no!  
La cadena os ha dejado.  
Mangas, cofres y escritorios  
francos me haced, y notorios;  
que por eso me ha enviado.  
Todo lo tengo de ver.  
Ciento y diez diamantes son,  
y los pide. No es razón  
que tan principal mujer...

**Saca la cabeza por el vestuario ROQUE**

ROQUE: (No te turbes, mentecato).  
ÁNGELA: A él mismo le pienso dar.  
FABIÁN: Yo soy hombre de fiar.  
MADRE: ¿Alguacil de corte?  
FABIÁN: Trato verdad y soy conocido;  
y si llamo, a cuantos veo  
daréis crédito.  
MADRE: Lo creo.  
No queremos más rüido.  
Dásela y yo te prometo  
otra cadena mejor;  
que tu padre y mi señor  
me tiene amor y respeto.  
Salga de aquí este alguacil,  
pues con buenas señas viene;  
que ser visto no conviene  
de don Marcelo Gentil.

ÁNGELA: ¿Cómo os llamáis?  
FABIÁN: (Sois sutiles).  
Picón es mi sobrenombre.  
ROQUE: ¡Vive Dios, que no hay tal hombre  
en todos los alguaciles  
de la corte ni de España!)

**Vase ROQUE**

FABIÁN: ¿Es posible que no soy  
conocido?  
ÁNGELA: Ya os la doy.  
FABIÁN: La justicia nunca engaña.  
ÁNGELA: Decid, señor, a don Diego,  
que es mucha descortesía,  
pues la justicia me envía  
a cobrar lo que no niego.

**Saca de la manga la cadena y dála**

FABIÁN: Temió el pobre algún engaño.

**Vase [FABIÁN]**

MADRE: ¡Descortés, pícaro vil!  
¡A nuestra casa alguacil!  
¡Este es lindo desengaño  
de cortesanos amantes!  
¡Dichosa yo que hallé  
riqueza, amor, honra y fe!  
ÁNGELA: ¡Ay, mis perdidos diamantes!  
MADRE: ¿Ya verás que es conveniente  
que despedamos de casa  
visitas? ¡Ved lo que pasa!  
¡Tomad algo de esta gente...!  
Pues, mira tú, si hoy pasara  
adelante la cuestión.  
ÁNGELA: Fue necio aquel fanfarrón.  
Fuése sin volver la cara.

**Sale ALEJANDRO con un papel en la mano**

ALEJANDRO: (Amor y melancolía,  
que en mi casa he concebido,  
a este cielo me han traído,  
cielo de luz y alegría).  
Perdonad si aquí me he entrado  
sin prevenida licencia,  
porque amor, todo es violencia,  
atreimiento y cuidado.  
ÁNGELA: Bien se pudiera excusar,  
caballero, esa osadía,  
porque no es casa la mía

donde se viene a jugar.  
ALEJANDRO: (Todavía está enojada).  
ÁNGELA: Principalmente, quien es  
connmigo tan descortés,  
váyase a jugar. Ya enfada.  
ALEJANDRO: (Lo mismo que escribe aquí  
me ha repetido). Señora...  
ÁNGELA: No quiero disculpa ahora.  
ALEJANDRO: (Como su madre está allí,  
quiere decir que no hablemos).  
ÁNGELA: ¡A enojos no me provoque;  
que ni miro a rey ni a roque  
si llegó a tales extremos!  
ALEJANDRO: Por mí y Roquillo lo dice.  
Sus agudezas son muchas).  
Si mi disculpa no escuchas,  
podré llamarme infelice.  
No niego que te merezco  
por riguroso jüez,  
pero sólo erré una vez.  
Ya, señora, te obedezco.  
ÁNGELA: Yo lo doy por disculpado  
y si es que discreto ha sido,  
pudiera haberme entendido.  
ALEJANDRO: (Lindamente me ha avisado  
de su madre). Inobediente  
no seré, tuyo nací,  
y ley ha de ser en mí  
tu palabra eternamente.  
En eso que me mandaste,  
obedecida serás,  
porque ansí me importa más,  
y ya lo pasado baste.  
ÁNGELA: Veamos si lo hace ya.  
ALEJANDRO: Tu gusto efecto merece.

**A su hija**

MADRE: Dice que ya te obedece,  
¿y más de espacio se está?  
¡Qué tanto enfados haya  
en quien hoy apenas vimos  
si no entiende que decimos  
que de esta casa se vaya!  
ÁNGELA: No he visto hombre más pesado.

**[A él]**

¿Hasme entendido?  
ALEJANDRO: Tan bien como tú.  
Y, pues, no oye bien  
tu madre, escucha...  
ÁNGELA: ¡Qué enfado!  
¿No te he dicho mi intención?  
¿No te he propuesto mi gusto?

¿No sabes ya como es justo  
dejar tanta obstinación?  
ALEJANDRO: Cuerdoamente me predica  
que no juegue. ¡Oh, grande amor!)  
ÁNGELA: ¿No me entiendes? ¡Linda flor!  
ALEJANDRO: La flor de diamantes rica  
me alaba). Todo es muy poco  
para lo que yo deseo.

**Entre ellas**

ÁNGELA: ¿Hay hombre tan necio?  
MADRE: Creo que este mozo viene loco.  
Un vestido agironado  
merece a fe.

**[A él]**

ÁNGELA: Has merecido  
de colores un vestido.  
ALEJANDRO: El vestido me ha alabado).  
ÁNGELA: ¡Ea! No porfíes. Vete.  
¿Qué? ¿No me entiendes? Arguyo:  
manda que entre un criado tuyo  
que mi lengua interprete.  
ALEJANDRO: (Dice que a Roque le envíe  
para escribirme con él,  
que es intérprete el papel  
de quien ama).  
MADRE: (¡Que porfíe,  
sin atar ni desatar  
razón, este necio aquí!)  
ALEJANDRO: Adiós, ángel en que vi  
luz del sol e ira del mar.  
(No me llamen desdichado  
los que me vieron perder,  
que si es cielo esta mujer,  
el cielo tengo ganado).

**Vase [ALEJANDRO]**

MADRE: ¡En hora mala o en buena!  
ÁNGELA: Pues, ¡a fe que me cogía  
el necio enfadoso en día  
que estoy de cólera llena!  
No olvido la sinrazón  
de don Diego.  
MADRE: Es hombre vil.  
ÁNGELA: El nombre del alguacil,  
¿cómo era, madre?  
MADRE: Picón.

**Salen don LUIS y don DIEGO**

DIEGO: Con algún recelo voy,  
y si me guardas secreto,  
diré la ocasión.

LUIS: Prometo  
que en esto un Sócrates soy.

DIEGO: Sabe que Ángela me adora  
con un singular extremo.

LUIS: ¿Y por qué la temes?

DIEGO: Temo que está colérica agora.  
Un alguacil conocido  
llevaba por esa calle  
una mujer de buen talle  
presa hoy, y le he pedido,  
como que era cosa mía,  
por ella. Entonces salió  
Ángela al balcón, no vio  
y ha de haber melancolía  
y celazos con extremos.

LUIS: (¿Hay necio más engañado  
que éste? Y[o] soy el amado  
como agora veremos).

DIEGO: Como vuelve el agua al mar  
tras de su curso violento,  
y la piedra deja el viento  
por su nativo lugar,  
como a la esfera que abrasa  
en forma piramidal  
sube el fuego artificial,  
don Diego viene a esta casa.  
Éste es el dichoso centro  
donde sosiego recibo,  
donde con el alma vivo,  
donde con los ojos entro.

ÁNGELA: ¡Rompese aquí sufrimiento  
y piérdase la prudencia,  
porque no quiero paciencia  
cuando de enojo reviento!  
Hombre sin alma en el pecho,  
sin término y cortesía,  
¿cómo entras con osadía  
haciendo lo que hoy has hecho?

[A don LUIS]

DIEGO: ¿No te lo dije?

ÁNGELA: Si alcanzas  
uso de razón del cielo,  
¿cómo pagas mi buen celo  
con falsas desconfianzas?  
Si sabes la estimación  
con que el mundo mi honor paga,  
¿cómo he de sufrir que haga  
suertes conmigo un Picón?  
¿Alguacil fue menester  
para llevártela a casa?

DIEGO: Oye y sabrás lo que pasa.  
ÁNGELA: No tengo ya qué saber.  
DIEGO: Ángela, escucha y advierte  
que el alguacil que llevó...  
ÁNGELA: No quiero disculpas, no.  
Huélgome de conocerte.  
Sola yo soy de fiar.  
Sola yo cumplo y prometo.  
No hay en los hombres respeto.  
LUIS: (¡Que esto he venido a escuchar!  
¿Cuándo una vil mujer suele  
pedir tan públicos celos?)  
ÁNGELA: Colérica estoy. ¡Ah, cielos!  
¡Picón a mí!

**A don LUIS**

DIEGO: Allí le duele.  
ÁNGELA: ¿Más que a mí precia y codicia,  
siendo yo tan fiel y honrada,  
su rica joya estimada  
en manos de la justicia?

**A don LUIS**

DIEGO: Piensa que aquella mujer  
que iba presa es dama mía.  
ÁNGELA: El que de mí no se fía,  
mal me debe de querer.  
DIEGO: Ángela, siempre te estimo  
más que el precioso tesoro,  
estos umbrales adoro,  
con tu sol mi cuerpo animo;  
pero advierte que no tengo  
culpa en eso, y que he venido  
a disculparme.  
LUIS: (Yo he sido  
majadero, pues que vengo  
a ver este desengaño).  
ÁNGELA: Vete, don Diego, de aquí.  
No estés delante de mí,  
porque es duplicar el daño.  
Vete a tu casa a guardar  
la joya que te ha llevado  
tu alguacil.

**A don LUIS**

DIEGO: En esto ha dado.  
(¡Oh, modo nuevo de amar!  
¿Quién no estima esta verdad,  
quién no adora estos enojos?  
Que están, con ira, sus ojos  
llenos de amor y piedad).

**A ella**

A casa no la llevó;  
a la cárcel la ha llevado.  
ÁNGELA: Pues, ¿a mí, dame cuidado  
si fue a la cárcel o no?  
Llévala donde quisieres,  
que el no tener confianza  
de mí siento.  
LUIS: (¿Qué mudanza  
no nació de las mujeres?)  
MADRE: ÁNGELA tiene razón.  
Vete, que tu error me espanta.

**A don LUIS**

DIEGO: Aun la madre, siendo santa,  
consiente ya su afición.  
Procura desenojalla,  
don Lúis, y aquí te espero.

**A ellas estos dos versos y vase don cortesía**

Disculpas no bastan. Quiero  
vencer, si vence quien calla.  
MADRE: ¡Hoy es día de pesados!

**A LUIS**

ÁNGELA: ¿Qué te ha parecido de esto?  
LUIS: Que he derribado muy presto  
la torre de mis cuidados.  
Pluguiera al cielo crúel  
que yo cual él te tratara,  
y de tu boca escuchara  
las ofensa que oyó él.  
Pluguiera al Dios que otro tanto  
hubiera contigo hecho,  
y te quitara del pecho  
lo que ya me cuesta llanto.

**Colérico**

Don Diego anduvo gentil  
aunque descortés le llamas,  
mas no faltan otras damas  
ni faltará otro alguacil.  
Yo también haré otro día  
lo mismo que él. Podrá ser  
que en mi pecho vuelva a ver  
la riqueza que fue mía.

[A su MADRE]

ÁNGELA: No lo entiendo. ¡Ay, infelice!  
De confusión estoy llena.

[A la hija]

MADRE: Pide también su cadena.  
Harto claro te lo dice.  
Éstos son dos bellacones  
que nuestra estafa han olido,  
y por esto se han valido  
de alguacil y porquerones.  
¿No ves cómo te amenaza?  
Dale su cadena, amiga,  
porque aquesto no se diga  
públicamente en la plaza.

[A él]

ÁNGELA: ¡Vil, descortés, apocado,  
muchacho en la condición,  
que con vana presunción  
finge amor y honra ha mostrado!  
¿Ves hoy tu cadenilla?  
Ni la estimo, ni la precio;  
no quiero prendas de un necio  
que a tanta infamia se humilla.

**Arroja la cadena y vase ÁNGELA**

MADRE: No entres más en esta casa.

[Vase la MADRE]

LUIS: ¿Qué súbita alteración,  
qué enojo sin ocasión  
por estas mujeres pasa?  
Don Diego, al fin, es querido,  
yo vilmente despreciado.  
Cadena, ya os he cobrado;  
menos mal, no os he perdido.

**Vase. Sale ALEJANDRO de noche**

ALEJANDRO: Noche apacible y serena,  
cubre a un hombre que se abrasa  
de sospechas en su casa  
y de amores en la ajena.  
¿Qué infierno iguala a mi pena

si me da tormento ver  
llena de oro de placer  
a Isabela? ¡Oh, caso nuevo,  
que a preguntar no me atrevo  
lo que procuro saber!  
Yo mismo a mí me argumento,  
y digo: ¿Qué maravilla  
que mujer casta y sencilla,  
de no mal entendimiento,  
lleve con buen sufrimientos  
mi enojo: Y, ¿qué novedad  
que con tanta brevedad  
tenga dinero Isabela  
si guardó alguna joyuela  
para esta necesidad?  
Siendo así, ¿qué me atormenta?  
Y responde la razón  
que nuestra imaginación  
errores nos representa.  
Dice el alma: Pues, intenta  
salir de este ciego error.  
Pero adviérteme el temor  
que deje en duda mi daño,  
porque podrá el desengaño  
causarme pena mayor.

**Sale ROQUE**

ROQUE: ¿Eres tú, señor?  
ALEJANDRO: Sí, soy.  
ROQUE: Pues, ¿aquí en la calle estás?  
ALEJANDRO: Me alegra a las veces más  
que cuando en mi casa estoy.

**Siempre ALEJANDRO melancólico y pensativo**

ROQUE: ¿Viste a doña Ángela?  
ALEJANDRO: Hoy.  
ROQUE: ¿Qué te dijo?  
ALEJANDRO: Me ha alabado  
flor y vestido, y me ha dado  
un recado para ti.  
ROQUE: (Él está fuera de sí  
de necio o enamorado).

**Sale CARLOS de noche**

CARLOS: ¿Quién ha visto devaneo  
mayor que el que me desvela?  
Que amando en vano a Isabela,  
mirar sus rejas deseo.  
Hablad, alma, pues que veo  
que ignora dolor tan grave;  
que aunque en el alma no cabe

el callar será locura,  
porque el médico no cura  
la enfermedad que no sabe.

**Mira a las ventanas**

ALEJANDRO: Mirando a nuestros balcones,  
un hombre se ha detenido.  
¿Le ves?  
ROQUE: Sí.  
ALEJANDRO: ¿Le has conocido?  
ROQUE: ¿Soy lince?  
ALEJANDRO: Imaginaciones,  
no añadáis nuevas razones  
a mi mal. Otra vez mira.  
CARLOS: ¡Ay!  
ALEJANDRO: Vive Dios, que suspira!

**Vase CARLOS**

ROQUE: Ha perdido o va cansado.  
ALEJANDRO: Ve a conocerle embozado,  
que de casa se retira.

**Va tras él ROQUE**

Vencer quisiera mi mal  
con hidalga confianza;  
porque el marido que alcanza  
una mujer principal,  
con pensamiento leal  
ha de honrarla si es honrado.

**Salen MARCELO, embozado, y FABIÁN**

MARCELO: Agora me han avisado  
que está Alejandro en la calle.  
FABIÁN: Aquél es.  
MARCELO: Encubre el talle.  
ALEJANDRO: ¡Otros también se ha parado!  
Dos son, y a mi casa miran.  
¿Qué tiene esta casa, cielos?  
Rayos son de muerte y celos,  
no flechas las que me tiran.  
Yo apostaré que suspiran  
como el otro y si es ansí  
ya la razón presumí;  
que es afecto de envidioso.  
¿Qué dice quien fuera esposo  
del ángel que vive aquí?

**Silba FABIÁN**

MARCELO: ¡Ce, ce!  
ALEJANDRO: ¡Vive Dios, que llaman!  
Silbos también señas son.  
Ya en el débil corazón  
como ardientes furias braman  
mis sospechas, y lo inflaman  
en cólera. Voy tras ellos  
aunque a esperar los cabellos  
de la Ocasión me he resuelto;  
pero ya Roquillo ha vuelto  
y ha podido conocellos.

**Vanse MARCELO y FABIÁN y encuéntranse con ROQUE**

ROQUE: Bien te conozco, señor.  
MARCELO: Disimula.  
ALEJANDRO: ¿Es Roque?  
ROQUE: Sí.  
ALEJANDRO: ¿Quién era el primero, di?  
ROQUE: Carlos de Villamayor,  
aquel sevillano.  
ALEJANDRO: Honor,  
no es mi recelo muy vano.  
¿Y éste?  
ROQUE: Un conde italiano  
que la calle nos pasea.  
ALEJANDRO: Tiempo habrá que el valor vea  
de un español cortesano.  
ROQUE: (¡Con cuánta facilidad  
da crédito a sus agravios!  
¡Mordiéndome estoy los labios  
por no decir la verdad,  
con risa!)

**Sale por otra puerta MARCELO, hablando alto**

MARCELO Con brevedad  
volveré a casa, que quiero  
ver a mis hijos primero.  
ROQUE: Tu padre pasa.  
ALEJANDRO: Señor.  
MARCELO: ¿Es Alejandro?  
ALEJANDRO: ¡Ay, honor!  
MARCELO: Hijo, ¿qué traes?  
ALEJANDRO: ¡Rabio! ¡Muro!  
No niego mis desvaríos;  
no niego que ciego estoy.  
Un nuevo pródigo soy  
que ya a tus pies, hechos ríos  
de sangre, los ojos míos  
borrarán mi error pasado;  
pues que tanto me ha pesado  
que no se puede igualar  
la locura del jugar

al dolor de haber jugado.  
No cumplí lo que dijiste;  
perdí la hacienda, señor,  
que has dado; y el honor  
sospecho que pierdo. ¡Ay, triste!  
Que tú también me lo diste.  
Mi condición rigurosa  
mal ha tratado a mi esposa,  
y haciendo de esto trofeo,  
llena de joyas la veo  
más alegre y más hermosa.

MARCELO: (Ansí, ansí, morder el freno  
y sabréis qué es ser casado).

ALEJANDRO: Cúyas son le he preguntado,  
y ella, de púrpura lleno  
el rostro, poco sereno:  
"Busquélas," me respondió.  
El temor me suspendió,  
y agora gente que pasa  
hace señas a mi casa.  
¡Yo tengo la culpa, yo!

MARCELO: Hijo, hijo, la razón  
te dice con experiencia  
que suele tomar licencia  
la mujer con la ocasión.  
Trátela bien el varón,  
asista en su casa, niegue  
el gusto al vicio, y no juegue,  
muéstrale amor y regalo,  
porque es animal muy malo  
para que el hombre le ruegue.

Alerta, hijo, yo quiero  
ser el Argos de tu esposa,  
pero tú no has de hacer cosa  
sin decírmela primero.  
Viejo soy, y ver espero  
tu edad mayor que la mía.  
¡Qué poco, qué breve día  
en esta casa rúin,  
como de tahir, en fin,  
ha durado la alegría!

Vase [MARCELO]

ALEJANDRO: ¡Oh, hijos del Amor, reyes tiranos!  
Envidia, confusión, rabia, tormento,  
verdugos del valor, del pensamiento;  
infiernos, inquietud, temores vanos;  
pensión sobre los ánimos humanos,  
espuelas del prudente sufrimiento,  
guerra entre voluntad y entendimiento  
a quien nunca dan paz consejos sanos;  
ciegas sospechas, locas fantasías,  
quiméricos antojos y desvelos,  
inmortal presunción, sombras, engaño;  
confusa oscuridad, desdicha[s] mía[s],

imaginado mal, tiranos celos,  
o la muerte me dad o el desengaño.

FIN DEL SEGUNDO ACTO

## ACTO TERCERO

Salen CARLOS y ÁNGELA

ÁNGELA: Al amor que vive en mí  
es imposible que llegues.  
Mira Carlos, no me niegues  
pues yo he negado por ti  
a mi patria la presencia,  
a mi lengua la verdad,  
al alma la libertad,  
y a mi madre la obediencia.  
Ella quiere que al sosiego  
dé el pecho libre y sencillo.  
Amé y no puedo encubrillo  
porque el mismo amor es fuego.  
Rico marido quisiera  
para darme, y yo, no avara,  
por un Midas te juzgara  
si rico de amor te viera.  
¿Hay más bien? ¿Hay más riqueza  
que fe de eterno valor,  
que el oro puro de amor,  
que las piedras de firmeza?

CARLOS: Es inmensa mi afición,  
y fuera no amar así  
faltar méritos en ti  
o en mí el uso de razón.  
Si sobra merecimiento  
en tu rostro singular,  
por fuerza tengo de amar  
o estar sin entendimiento.  
Y amándote, y siendo amado,  
¿qué bien de más excelencia  
que rica correspondencia  
del objeto deseado?  
Con tu cabello que agravios  
da al sol de rayos ardientes,  
con las perlas de tus dientes,  
y los rubíes de tus labios,  
con la flor de tu hermosura  
y el fruto de mi esperanza,  
¿qué rey, qué príncipe alcanza  
más riqueza y más ventura?

**Sale ALEJANDRO**

ALEJANDRO: No es amor el que me obliga  
venir aquí satisfecho,  
que amor no cabe en el pecho  
donde reina la fatiga.  
Es mostrarme agradecido  
a doña Ángela y a ver,  
por milagro, una mujer  
que de veras ha querido).  
ÁNGELA: Toma, que amor no consiente  
que yo te niegue la mano.

**Danse las manos CARLOS y ÁNGELA**

CARLOS: Es un favor soberano;  
tuyo seré eternamente.  
ALEJANDRO: (El que vive muchos años  
tiene verdadera ciencia,  
porque es madre la experiencia  
de dichosos desengaños.  
Tal he visto; mas, ¿qué espanto  
concibo de esto que pasa,  
si en mi desdichada casa  
sospecho que hay otro tanto?  
Aquí y allí, sin sosiego,  
mi desdicha cruel porfía.  
¡Mal haya al hombre que fía  
en la mujer ni en el juego!)  
ÁNGELA: Entra, a mi madre visita,  
porque su estado acomoda  
y a la sombra de su boda  
la dulce nuestra permita.  
CARLOS: Entro pues.

**Vase CARLOS**

ALEJANDRO: (No es hombre sabio  
el que a esto puede callar.  
La venganza he de ensayar  
de mi doméstico agravio.  
Conozca y eche de ver  
mi honra dudosa y mi fama;  
que quien no sufre a su dama,  
mal sufrirá [a] su mujer).  
Ingrata a la humana suerte,  
sirena de nuestra edad  
cuya voz es la beldad,  
cuyo engaño es nuestra muerte,  
áspid que en el campo ameno  
entre hierbas y entre flores  
de lisonjeros amores  
tienes oculto el veneno,  
basilisco que en extrañas

riberas vomitas ira,  
que matas a quien te mira  
y a cuantos miras engañas,

**Sale CARLOS a la puerta**

basilisco, áspid, sirena  
que regalas los sentidos,  
ojos, narices, y oídos,  
en agua, flores y arena,  
¿qué te hice, --di crüel--  
para que engañes mi pecho?  
O di, ¿Carlos, qué te ha hecho  
porque le engañes a él?  
ÁNGELA: ¡Jesús, y qué sobresalto!  
Hombre, ¿qué dices, qué quieres?  
¿En qué te ofendí? ¿Quién eres?  
O, ¿vienes de seso falto?  
ALEJANDRO: Falto de seso venía  
cuando tu voz me engañaba,  
cuando tu beldad amaba  
y cuando tu amor creía.  
Cuerdo estoy si este amor pierdo;  
que tú, víbora malina,  
das la llaga y medicina.  
Loco vine y vuelvo cuerdo.  
ÁNGELA: ¡Hombre, vete de esta casa;  
que no entiendo tus razones!  
ALEJANDRO: Cenizas son y carbones  
de aquella pasada brasa.  
No son celos, porque ha sido  
relámpago nuestro amor  
que queda sin resplandor  
cuando apenas ha nacido.  
No son locuras las mías  
causadas de tu mudanza,  
sino una justa venganza  
de la intención que tenías.  
Tú me quisiste engañar  
y en breve tiempo fingiste  
mucho amor. Sirena fuiste;  
yo no te quiero escuchar.

**Vase [ALEJANDRO]**

ÁNGELA: ¿Hay locuras semejantes?  
¿Cómo sufrís esto, cielos?  
CARLOS: ¿Locuras llamas los celos  
de los míseros amantes?  
Mujer falsa, sin piedad,  
cuya alma está sin temor,  
cuyo pecho sin amor,  
cuya lengua sin verdad...  
¿Qué disculpa ni qué excusa  
tendrás ya para tu daño,

si es evidente el engaño  
y uno de los dos te acusa?  
O yo el engañado soy  
o Alejandro, esto es ansí.  
Pues, si me engañas a mí,  
desobligado me voy;  
si la verdad es la mía,  
también te dejo infiel,  
que quien le ha engañado a él,  
me engañará a mí otro día.

ÁNGELA:

Oye, espera.

CARLOS:

Entre sus penas  
Alejandro te llamó  
sirena. ¡Bien dijo! Y yo  
no quiero escuchar sirenas.

**Vase [CARLOS]**

ÁNGELA:

¿De qué infiernos ha salido  
este hombre tan porfiado,  
que en mis ojos ha turbado  
la paz y amor que han tenido?  
¿Qué Alejandro liberal,  
en furia y en desatino,  
es el que a mi casa vino  
por mi desdicha y mi mal?

**Salen GÓMEZ y la MADRE**

MADRE:

¿Qué tienes, niña?

ÁNGELA:

¿Esto pasa?  
¡Venganza pienso tener!  
El enfadoso de ayer  
ha vuelto otra vez a casa  
más loco y desatinado.

MADRE:

¿Alejandro?

ÁNGELA:

Sí.

MADRE:

¿Quién es  
este Alejandro?

GÓMEZ:

¿No ves  
que es hijo del desposado?

MADRE:

¿De Marcelo?

GÓMEZ:

Sí, y recelo  
que gran hacienda ha perdido.

ÁNGELA:

¿De eso quedó sin sentido!

GÓMEZ:

A casa viene Marcelo.

MADRE:

Vete adentro.

ÁNGELA:

¿Qué se pierde que me vea?

MADRE:

Es buen consejo  
que el caballo, y más si es viejo,  
no quiere paja si hay verde.

**Vase ÁNGELA**

GÓMEZ: Déme un libro, Gómez.  
¿Cuál?  
MADRE: Cual quisiere puede ser,  
porque es por bien parecer.  
Ya sabe que leo mal.

**Salen MARCELO y ROQUE**

ROQUE: Digo que le vi salir  
de esta casa agora.  
MARCELO: Puedo  
de esa suerte entrar sin miedo  
y con cólera reñir.  
ROQUE: ¿Es tu casa?  
MARCELO: Halo creído  
como agora lo verás.

**Dale [GÓMEZ] un libro a la MADRE**

ROQUE: Y tú el primero serás  
que pinta viejo a Cupido.  
MARCELO: ¿Siempre tan bien ocupada?  
¿Siempre leyendo, señora?  
MADRE: Doy a los libros una hora.  
MARCELO: ¿Quién es?  
MADRE: Fray Luis de Granada.  
ROQUE: (Estas dueñas son traidoras.  
Una vi yo el otro día  
que en San Martín se ponía  
a rezar la[s] unas horas  
con ademanes y gestos,  
y ya estirando las cejas  
en medio de cuatro viejas  
más graves que cuatro cestos.  
Después entré de repente  
en su cas y la hallé  
aprendiendo el abecé  
de un sacristán, su pariente).

**Siéntanse los dos, y ROQUE, junto a la silla de MARCELO**

MARCELO: Mal, señora, habéis cumplido  
lo que me ofrecéis a mí.  
¿Qué quiere Alejandro aquí?  
Y don Diego, ¿qué ha querido?  
No deis, señora, lugar  
que la vecindad murmure.  
Procurad que se asegure  
de vuestro honor singular.  
MADRE: Es vuestro hijo importuno,  
y coléricas nos tiene,  
porque a dar enfados viene  
sin que le llame ninguno.

[A MARCELO]

ROQUE: ¿Es muy sorda?  
MARCELO: Mucho.  
ROQUE: ¿A vieja acortar queréis la toca?  
MARCELO: ¡Que haya creído esta loca  
que enamorado me deja!  
MADRE: (¡No seáis sorda! Esto me huele a burla).  
ROQUE: Dile ternezas.

[A ella]

MARCELO: Dándome celos empiezas,  
pero amor hacerlo suele.

[A MARCELO]

ROQUE: Mamando está tus engaños.  
Mujer de cuatro sentidos,  
vaya al Jordán por oídos  
y déjese allá cien años.  
MADRE: (Pagarme tienen escote  
de la burla, ambos a dos).

Por detrás de la silla vio el libro ROQUE

ROQUE: Señor, señor, ¡vive Dios!,  
que es el libro Don Quijote.  
MARCELO: Ah, embustera! ¿Y no sabrá  
conocer qué letras son?  
ROQUE: Yo le quiero dar lección.  
¡Ea, niña! "Be...a..., Ba."  
MADRE: (¿Esto escucho? ¡Y que me viese  
el libro este otro bellaco!)

[A ella]

MARCELO: Si los celos me traen flaco,  
razón será que me pese  
que aun mi hijo os venga a ver  
y sienta aquí regocijo.  
MADRE: (Éste, por guardar su hijo,  
mi honor intenta perder.  
Pagarámelo, si puedo...)  
Después, mi señor, que os vi,  
sólo vos vivís en mí,  
y por vuestra esclava quedo.

[A MARCELO]

ROQUE: Si en ella vives, tú estás  
allá en Castilla la Vieja.  
MADRE: ¿Qué habláis los dos a la oreja?

MARCELO: ¿Murmuráis de mí?  
Jamás supe qué era murmurar.  
cuanto más de quien adoro.

[A MARCELO]

ROQUE: Eso fuera ser tú moro,  
pues venías a adorar  
el zancarrón de Mahoma.  
MADRE: (¡No seáis sorda! Por mi vida,  
que la venganza está urdida.  
Miren pues con quién se toma).  
ROQUE: Pregunta cuándo ha de ser la boda.  
MARCELO: Casi no creo  
que de mi ardiente deseo  
el dulce fruto he de ver.  
Con gran alborozo estoy.  
MADRE: Aunque a bellacos les pese,  
quisiera que luego fuese.  
(Y no seré yo quien soy  
si por las mismas heridas  
no hago que sea verdad  
su burla).  
MARCELO: Con brevedad  
uniremos nuestras vidas,  
pero con tal condición  
que visitaros no tiene  
mi hijo.  
MADRE: (A eso va y viene,  
como es esa su intención).  
Ansí, señor, ha de ser.  
Y en fe de esto, antes que os vais,  
quiero que a Ángela veáis.  
¡Mira, que te quiere ver  
tu padre! ¡Sal acá, niña!  
MARCELO: Ya la he visto y me ha agradado.  
ROQUE: ¡Una hija te ha pegado!  
Ella es de casta de tiña.

Sale **ÁNGELA**

ÁNGELA: ¿Qué me mandas?  
MADRE: Reconoce a tu padre y tu señor.  
ÁNGELA: Es para mí gran favor.  
MARCELO: Sus años con gusto goce.  
Angel es en la hermosura  
como lo es en el nombre.  
Dichoso, dichoso el hombre  
que espera tanta ventura.  
ÁNGELA: Lisonjas son, cortesanas.  
MADRE: (El cebo le he puesto ya.  
Si pica, él se acordará  
muy bien de las sevillanas).  
MARCELO: (¡Qué tez hermosa y serena!  
En su color soberana

derrama Amor nieve y grana  
a la clavel y azucena.  
En el sol resplandeciente  
de sus ojos, vivir pudo  
Amor, que como desnudo  
busca la región ardiente.

Su edad verde es de manera  
que mayo en sus ojos vive.  
porque las flores recibe  
de esta humana primavera).  
Roquillo, ¿qué te parece?

ROQUE: Casi, casi tan hermosa como mi dama.

MARCELO: ¿No es cosa de admiración?

MADRE: (El padece. A propósito le tengo  
la red; que es muchacha y bella.  
Si cae esta vez en ella,  
yo el doy con la de Rengo).

¿Qué te parece, señor?

MARCELO: Un árbol lleno de flores,  
y que en él mata de amores  
su hermosura al mismo Amor.

[La MADRE y MARCELO pasan a un lado]

MADRE: Escucha, Marcelo, aparte.  
Algo sorda y algo vieja  
soy, y la edad no me deja  
valor para regalarte.  
Esta muchacha es hermosa,  
hija de padres honrados,  
honestos son sus cuidados,  
que es modesta y virtuosa.  
Cásate con ella, y yo,  
que bien te quiero, Marcelo,  
viviré alabando al cielo  
por la dicha que le dio.

MARCELO: (Más apacible beldad  
jamás en mis años vi.  
Un Jordán es para mí,  
que ha renovado mi edad.  
Si es como rayo el amor,  
que en un brevísimo instante  
rompe el mármol más constante  
con su violento furor,  
¿qué mucho que le hermosura  
de una mujer peregrina  
cause tan presto ruina  
en una edad ya madura?  
Rico soy; ella me agrada.  
Murmuren de mí esta vez;  
que he de pasar mi vejez  
en juventud regalada).

MADRE: Señora, tu yerno soy.  
¿No te quieres informar  
de su virtud singular?

MARCELO: Por informado me doy.  
MADRE: Pues, de esta manera sea  
porque conviene el secreto;  
que quiero guardar respeto  
a un señor que la desea:  
dale a un amigo poder,  
desposaráse con ella,  
vendrás tú después a vella,  
y llevarás tu mujer  
sin gastos y sin rüido.  
MARCELO: Dices bien, y escribir quiero  
en este libro primero,  
padres, nombre y apellido  
para que el poder se haga.

**Saca un libro de memorias y va escribiendo**

MADRE: (Él ha venido al reclamo.  
Ángela también me llamo.  
La burla esta vez me paga).  
MARCELO: ¿Ángela de qué?  
MADRE: De Heredia.  
(Ella Mendoza se llama  
como su padre. ¡Qué trama  
para urdir una comedia!)  
MARCELO: ¿Y su padre?  
MADRE: don Andrés  
de Heredia. (Mi padre fue).  
MARCELO: ¿Su madre?  
MADRE: (El nombre diré  
de mi madre). Doña Inés  
de Soria. ¿Ya no lo sabes?  
MARCELO: Preguntélo por no errar.  
MADRE: (Vos veréis qué es engañar  
mujeres nobles y graves).  
MARCELO: Hecho está el apartamento.  
Con el poder vendrá luego  
un notario.  
MADRE: Es mi sosiego  
este noble casamiento.  
MARCELO: Yo te prometo, señora,  
grandes albricias.  
MADRE: No mandes  
a tu hechura albricias grandes.  
MARCELO: ¿Por qué no, si eres Aurora  
de aquel sol que tú me das?  
Roque, vamos.  
ROQUE: ¿Es delito  
preguntar lo que has escrito?  
MARCELO: Eso después lo sabrás.

**Vanse haciendo cortesía a ÁNGELA**

MADRE: ¡Oh, cómo tiene embelecocos  
la corte en su confusión!

Estatuas los hombres son  
que fantásticos y huecos,  
sin sustancia y sin bondad,  
no tienen más que apariencia,  
y así la sabia experiencia  
es crisol de la verdad.

ÁNGELA: ¿Cómo, madre? ¿Ya no quiere  
desposarse?

MADRE: ¿Ha de querer  
que el ardid de la mujer  
al de los hombres prefiere?  
Luego salgo.

**Vase la MADRE**

ÁNGELA: Dulce Amor,  
que al alma vas por los ojos,  
traeme a Carlos sin enojos;  
afloja el arco al rigor.

**Sale GÓMEZ**

GÓMEZ: Ya lo traigo, en que me vi  
de persuadirle rogando.

ÁNGELA: Buenas albricias te mando.

**Sale CARLOS y vase GÓMEZ**

CARLOS: Con violencia vuelvo aquí.  
ÁNGELA: Carlos, aquél que se llama  
verdadero enamorado  
no ama bien si no ha estimado  
la autoridad de quien ama.  
De estimar suele nacer  
no dar crédito al engaño,  
procurar el desengaño,  
y escuchar para saber;  
que hay engaños aparentes,  
y de amorosos recelos  
nacen obstinados celos  
y opiniones diferentes.  
Alejandro estaba loco  
porque se ve sin hacienda.

CARLOS: Al fin, ¿quieres que no entienda  
lo que con las manos toco?  
Este tiene la mujer  
que contra la luz del día  
niega rebelde, y porfía.  
¡Y, en efecto, ha de vencer!

**Sale don DIEGO**

DIEGO: (Si habrá el amor mitigado

los favorables enojos  
de aquellos hermosos ojos  
de quien flechas ha tomado.  
La cólera del amante  
es como nube de mayo  
que llueve, trueno y da un rayo,  
y se serena al instante.

**Ve a los dos**

Confianza tan incierta,  
¿cuándo en el mundo se ve?  
No me han visto; dicha fue  
no estar cerrada la puerta).  
ÁNGELA: ¿Rompí, en efecto, los lazos  
de tus engaños?  
CARLOS: Ya creo  
las verdades que deseo.  
ÁNGELA: Toma en albricias los brazos.

**Abrázanse**

DIEGO: (¡Qué sea tan bestia yo  
que creyese a esta mujer!)  
ÁNGELA: Háblal[e], que puede ser  
que no te diga de no.

**Vase CARLOS**

DIEGO: Lindamente se ha vengado  
de los celos que le di,  
sierpe libia, que hay en ti  
veneno disimulado  
entre labios de claveles.

**Vuelve CARLOS a la puerta**

¿Cuándo traidor cocodrilo  
lloró en el margen del Nilo  
con engaños más crüeles?  
¿Ayer quejas en los labios,  
ayer lágrimas y amor;  
hoy abrazos, hoy rigor,  
hoy desdenes, hoy agravios?  
No me quejo que faltase  
en ti amor, que en la mujer  
ordinario suele ser.  
Quéjome de que empezase...  
ÁNGELA: ¿Qué infernal persecución  
es la que en mi daño pasa?  
¿Es Babilonia mi casa,  
es abismo, es confusión!  
¿De qué Nuncio de Toledo,

de qué hospital de Valencia  
se han soltado, con violencia,  
tantos locos? Ya no puedo  
resistir los golpes fieros  
de mi fortuna.

DIEGO: ¿Y querrás  
disculparte, y negarás  
tus abrazos lisonjeros?  
Brazos traidores y bellos  
diste a Carlos con amor,  
y aun es la culpa mayor;  
que le rogaste con celos.

ÁNGELA: ¿Qué te importa, hombre o demonio  
sin ley ni buen crïanza?

DIEGO: Luego, ¿dirás que es venganza,  
pues, llamarlo testimonio  
no puedes?

ÁNGELA: Vete de aquí.  
¿Qué? ¿No tuviese cerrada  
yo mi puerta?

DIEGO: A mi pasada  
dulce libertad volví.  
Voyme, y dejo tu galán  
con quien de mi amor te rïes,  
pero advierte que me envíes  
esas memorias que están  
neciamente en tanto olvido.

ÁNGELA: ¿Qué me dices, monstruo fiero?

DIEGO: (Bien verá que ya no quiero,  
pues mi cadena le pido).

**Vase [don DIEGO]**

ÁNGELA: ¿Hay tan oscura quimera?  
Ya se fue, gracias a Dios.

CARLOS: ¿Dos veces, Ángela? ¿Dos?  
¿Y de una misma manera?  
¿A ver esto me has traído?  
¿Fue lo pasado tan poco?  
¿También don Diego está loco?  
¿También su hacienda ha perdido?  
¿No fue éste su caso, acaso?  
Tú, crüel, lo pretendiste  
porque sin duda creïste  
que con tus celos me abraso.  
¡Que vale para quien eres!

**Acomete a irse y ásele de la capa ÁNGELA**

ÁNGELA: Mira que aquéste don Diego  
anda por mí sin sosiego,  
pero yo...

CARLOS: Engañarme quieres.  
"¡Ayer quejas en los labios!  
¡Ayer lágrimas y amor!

¡Hoy abrazos! ¡Hoy rigor!  
¡Hoy desdenes! Hoy agravios!"  
¿No te dijo? Aqué estas son  
palabras de pretendiente  
o de quien agravios siente  
porque está en la posesión.

**Tira de la capa y vase**

ÁNGELA: ¿Qué? ¿No me quieres oír  
satisfacción a tu agravio?  
¡Muero! ¡Desespero! ¡Rabio!  
¡Oh, cómo cansa el vivir!

**Vase [ÁNGELA]. Salen MARCELO, ALBERTO y un NOTARIO**

MARCELO: Haráse este poder de la manera  
que he dicho, y yo lo otorgo;  
que en efecto me caso porque tengo  
un hijo, y hele inquieto.  
Quizá sosegará viendo casado  
al que heredar espera.

ALBERTO: No eres tan viejo tú que andes errado,  
Marcelo, en esa acción.

MARCELO: Advierte, Alberto,  
que aunque eres novio sólo de prestado,  
no te turbas. La madre está algo moza  
y pudieras errar, pero trae tocas  
de viuda, y fácilmente  
conocerás su hija, sol de oriente.

ALBERTO: Advertido estoy. Bien, vamos notario.

MARCELO: Secreto es necesario.

NOTARIO: Sabrémosle tener.

**Vanse [ALBERTO y el NOTARIO]**

MARCELO: ¡Dichoso día!

**Sale ALEJANDRO**

ALEJANDRO: Nació de mi crüel melancolía  
horrendo monstruo, al fin. Nació mi daño.  
¡Dichoso el que en extraño  
imperio o mar se aleja,  
y aquel paterno amor pone en olvido!  
¡Dichoso el que se deja  
la patria y varios reinos peregrina  
sin ley ni disciplina!

MARCELO: Alejandro, ¿qué tienes?

ALEJANDRO: Una joya que yo, mísero loco,  
con un vestido di (mi amor confieso),  
y también la cadena de diamantes  
hallé en un escritorio

de Isabela. ¡Ay, honor! ¿Por dónde vino?  
Mi agravio aquí es notorio.  
MARCELO: Investiguemos, pues, ese camino.  
El caso es grave; disimula, hijo.  
Toma dineros por si te conviene  
hacer más diligencias.

**Dale una bolsa**

Yo, por mi parte, voy sin regocijo;  
que el caso melancólico me tiene.  
(Buscando esta experiencia  
ahora pienso ver si el sentimiento  
le olvida de su juego y moedades).

**Vase [MARCELO]**

ALEJANDRO: ¡Salid, salid verdades,  
salid a plaza ya! ¿Si no dio Roque  
la rosa de diamantes a doña Ángela  
y a Isabela la dio? No es verosímil.  
Y la cadena de diamantes, ¿cómo  
a Isabela volvió si fue don Diego  
aquél que la ha ganado?  
Mi muerte sabré de él o mi cuidado.

**Sale ROQUE**

ROQUE: De don Pedro un recado  
te espera.  
ALEJANDRO: Di, ¿qué quiere?  
ROQUE: Que en su casa  
hay agora, señor, un grande juego,  
y esquitarte podrás.  
ALEJANDRO: Vete, demonio.  
Demonio tentador, ¿juego me nombras  
entre las negras sombras  
del dolor que me trae arrepentido?  
ROQUE: (¿El juego da al olvido  
con dineros? ¡A fe que está trocado!)

ALEJANDRO: Ven acá, Roque. ¿Diste...  
ROQUE: ¿Qué?  
ALEJANDRO: ¿...la rosa  
de diamantes a aquella sevillana?  
¡La verdad, la verdad!  
ROQUE: ¿Pierdes el seso?  
¿Cómo sales con eso?  
¿Tú mismo, no dijiste que alababa  
el vestido y la flor cuando te hablaba?

ALEJANDRO: Vete, bien dices.  
ROQUE: (Ya la rosa ha visto.  
Al fin hacen los celos  
que mude inclinación).

**Vase ROQUE**

ALEJANDRO: ¡Ah, santos cielos!  
¿Don Diego, no será quien le ha enviado  
la cadena? Esto es cierto.  
Alguno la ha ganado  
en mi deshonra pródigo. Soy muerto.

**Sale ROQUE**

ROQUE: Señor.  
ALEJANDRO: ¿Otro recado?  
ROQUE: Doña Ángela te ruega  
que la vayas a ver.  
ALEJANDRO: Demonio, vete;  
que ya no ama ni juega,  
ni jugará jamás hombre tan necio.  
Ni la estimo ni precio.  
ROQUE: (Bueno va esto, a fe). Don Diego viene.

**Sale don DIEGO y vase ROQUE**

ALEJANDRO: (Su lengua ha de ser la que condene  
o absuelva mis agravios.  
Mi desdicha o mi bien está en sus labios).  
DIEGO: Alejandro, un negocio de importancia  
a tu casa me trae.  
ALEJANDRO: (Decirme quiere  
mi deshonra, sin duda). Aquí me tienes.  
DIEGO: Mi amigo fuiste siempre, y me confío.  
ALEJANDRO: (Ya llega el dolor mío).  
DIEGO: Acuchillar tenemos, esta noche,  
un hombre que me enfada.  
ALEJANDRO: En hora buena.  
¿Y quién es él?  
DIEGO: Es Carlos.  
ALEJANDRO: (¡Qué camino  
para no darme pena!)  
Toma de mí venganza.  
DIEGO: Amaba a Ángela yo, con esperanza  
de su boca nacida;  
mas ya su fe, su vida,  
adora a Carlos, y aun le da, sin duda,  
lo que estafa a los otros. La cadena  
que perdiste y gané, como no es muda,  
diciendo que era buena,  
ya que no dada, me sacó prestada.  
Cobraréla esta tarde  
y después buscaremos  
al andaluz cobarde.  
ALEJANDRO: En este mismo puesto nos veremos.  
DIEGO: Adiós.

**Vase [don DIEGO]**

ALEJANDRO: Averiguados  
mis agravios están y mis cuidados.  
Carlos anoche suspiró a mi puerta,  
y Carlos en mi calle está de día.  
Ángela quiere a Carlos. Cosa es cierta.  
Testigo de ella ha sido el alma mía.  
Pues si ella le regala, ella le ha dado  
la joya y la cadena,  
y a mi casa infelice la ha enviado.  
¡Oh, casa de tatur, casa bien llena  
de agravios, deshonor, melancolía,  
cuán poco duró en ti nuestra alegría!

**Sale ISABELA**

ISABELA: Como al enfermo agrada  
el alba alegre y luz resplandeciente  
de su cara rosada,  
y el líquido cristal de clara fuente  
alegra al peregrino  
fatigado del áspero camino,  
así, señor, me alegra  
vuestra venida a casa, aunque es aurora  
que absconde nube negra.  
No os he visto, señor, alegre una hora  
en aquestos dos días.  
No eclipsen nuestro amor melancolías.

ALEJANDRO: Como al enfermo enfada  
la noche oscura, que del sol ausente,  
a mí la luz templada;  
y como en el estío el sol ardiente  
fatiga al peregrino  
en su prolijo y áspero camino,  
así me dan enfado  
tus lisonjas, tu voz y tus amores.

ISABELA: Blanca miel ha sacado  
la solícita abeja de las flores  
en el pradillo ameno,  
y la araña en la flor halla veneno.  
La flor, ¿qué culpa tiene  
si el daño está en el pecho y no en su hoja?  
Amor cándido viene.  
Si amo, me alegra amor; y amor te enoja.  
Condena tus errores.  
No culpes a mi voz ni a mis amores.

ALEJANDRO: ¡Qué ejemplos tan vulgares!  
¡Qué argumentillos necios y cansados  
para aumentar pesares!

ISABELA: Comunícame ya tantos enfados.  
Si es público el efeto,  
¿por qué a la causa das tanto secreto?

ALEJANDRO: En su principio es fuente  
dormida entre esmeraldas aquel río  
que en su espalda consiente

la máquina admirable de un navío.  
Mi agravio es hoy infante.  
Si más vida le doy, será gigante.  
¡Hola!

ROQUE:

¿Señor?

ALEJANDRO:

La puerta  
con vigilancia guarda, ya que ha estado  
a mi desdicha abierta.  
Salga del pecho mi dolor callado,  
y en confusos desvelos  
la honra y el amor paran sus celos.  
Isabela, yo estimo  
en mucho tu valor, tu virtud creo.  
En el alma la imprimo;  
mas debo sujetarme a lo que veo  
porque el discurso halla  
al crédito y la vista en cruel batalla.  
La controversia es fuerte.  
Escoge, pues, con ánimo sencillo,  
la verdad o la muerte.  
En tus labios están la vida y cuchillo.  
O entrega la garganta,  
o dime la verdad piadosa y santa.

ISABELA:

Si tú quieres verdades,  
¿cómo las pides con rigor y pena?  
¿Con muerte persuades  
que diga la verdad a la que es buena?  
Pregunta, dulce amigo,  
que si quieres verdad, verdades digo.

#### **Asela del brazo**

ALEJANDRO: ¿De quién has recibido

la rosa y la cadena de diamantes  
que yo, ¡ay de mí!, he perdido?

ISABELA:

A preguntas, oh infiel, tan ignorantes,  
no debe dar respuesta  
una mujer tan noble y tan honesta.

#### **Suéltase del brazo con ira**

Pregúntalo a Marcelo,  
tu padre y mi señor.

**[Sale MARCELO]**

MARCELO: Hijos, ¿qué es esto?

ALEJANDRO: Salir ya de un recelo,  
laberinto crüel, dolor molesto.

#### **Apártalo a un lado**

MARCELO: Si sereno tus ojos,  
tus celos, tus sospechas, tus antojos,  
¿qué me prometes?

ALEJANDRO: Amo tanto a Isabela, y su beldad adoro,  
aunque ingrata la llamo,  
que, pues no puedo dar montañas de oro,  
te juro y le prometo  
de no entregarme más al juego inquieto.  
Su luz me niegue el cielo  
y la tierra sus frutos diferentes;  
su blando y dulce hielo  
vuelvan en mármol para mí las fuentes;  
iguale con porfía  
a la pena de Tántalo la mía;  
con vanas ilusiones,  
con fantástico horror y devaneos,  
perturbe mis acciones  
el pálido temor, y mis deseos  
en tierna flor cortados  
hallen por fruto míseros cuidados;  
incierto peregrino  
por varios campos, mares extranjeros,  
a fuerza del destino  
pase los años de mi edad ligeros,  
si a liviandad ni a juego  
las dulces horas del vivir entrego.

MARCELO: Deseo tuvo un santo  
de ver, si bien de lejos, el infierno,  
lugar de eterno llanto.  
Entre sueños le vio y el pecho tierno  
de miedo quedó helado  
como si vivo fuera y no soñado.  
Yo quise, oh hijo mío,  
que vieses el infierno de un agravio  
y el loco desvarío  
de tu vida, enmendases como sabio;  
que a ver este mal llega  
quien no honra a su mujer y amor le niega.  
El vestido y la rosa  
a Isabela entregó este fiel criado,  
y con burla graciosa  
la cadena a doña Ángela ha sacado,  
y yo rondé tu puerta  
por darte celos yo.

ALEJANDRO: Mi dicha es cierta.  
Los celos del amantes,  
como disgusto dan y no deshonra,  
no es mal tan importante;  
mas como tocan en el gusto y honra  
celos de hombres casados,  
¡vive Dios!, que aun en burlas son pesados.  
Perdóneme, Isabela,  
si la razón fue esclava de los ojos.

**De rodillas**

No aborrece quien cela,  
dudé mas no creí vanos antojos,  
y sujetos a errores  
están nuestros sentidos exteriores.

ISABELA: Señor, señor, levanta;  
esas palabras y esta acción ignoro.

ALEJANDRO: Eres noble, eres santa.

ISABELA: Soy quien siempre te amó.

ALEJANDRO: Yo quien te adoro.

ROQUE: Y yo la culpa toda,  
y así seré la vaca de la boda.

ALEJANDRO: No serás. Bien te quiero.

MARCELO: Pues, yo, para un paterno regocijo,  
hoy convidaros quiero.  
Me caso en conclusión. Perdona, hijo,  
que la vejez convida  
a sosiego y a paz la humana vida.

ALEJANDRO: A tu gusto sujeto  
viviré eternamente.

ISABELA: Y yo a tu esposa  
tendré amor y respeto.

ALEJANDRO: Dínos, señor, quién es.

MARCELO: Moza y hermosa.

ROQUE: (Con la sorda te casas.  
En tiempo de uvas frescas comes pasas).

**Vanse. Salen ÁNGELA y su MADRE**

MADRE: ¿Qué graves melancolías  
son las que ya te congojas?  
¿Este necio amor de Carlos  
es tu pena y es tu gloria?  
No te agradan mis consejos,  
y así, pobre, triste y sola  
pasarás mísera vida  
si con Carlos te desposas.  
Toma ejemplo en mi esperanza,  
ejemplo en mi industria toma;  
pues me caso ricamente  
más vieja y menos hermosa.

ÁNGELA: ¡Oh, mal haya la avaricia!  
Por ella mis ojos lloran  
los favores que a don Diego  
di, del oro codiciosa.  
Ya Carlos, lleno de celos,  
falsa y mudable me nombra,  
y en aparentes razones  
mezcla quejas rigurosas.

MADRE: De esa suerte viuda estás.  
Ángela, ponte estas tocas  
que ya me cansan a mí;  
que parecer quiero moza.  
Prueba la viudez un día;  
quizá con ella gozosa,  
no querrás el otro estado.

Ya aborrecerás las bodas.  
ÁNGELA: ¿Tan de gusto estoy que quieres  
hacer máscara y chacota?  
MADRE: Hermosa estarás con ella,  
y tu cara será rosa;  
que en la nieve sale más  
la púrpura de las hojas.

**Quítase las tocas la MADRE y póneselas la hija**

ÁNGELA: Si para mí Carlos muere,  
viuda quiero ser una hora.  
En tanto que sé si tiene  
vida su amor...  
MADRE: Linda cosa.

**Sale GOMEZ**

GOMEZ: Un notario está a la puerta.  
MADRE: Aquí comienza mi historia).  
ÁNGELA: Las tocas me quito...  
MADRE: Calla, que, a fe que no te conozcan...

**Salen ALBERTO y el NOTARIO**

ALBERTO: Marcelo Gentil me envía  
a vuestra casa, señoras,  
con un poder y un notario.  
Bien sabréis a qué.  
MADRE: (Yo sola  
puedo saber la ocasión).  
ALBERTO: Vos, pienso que sois su esposa.

**A ALBERTO**

NOTARIO: Harto mejor es la viuda,  
y aun me parece más moza.  
ALBERTO: Madrastra será, no madre,  
y me río de una cosa:  
que nos encargó Marcelo  
no trocásemos las novias  
y eligiésemos la viuda.  
Más valiera errar.  
NOTARIO: La otra es un ángel.  
ALBERTO: Gustos son.  
NOTARIO: Concluyamos, pues, que es hora.  
¿Quién es doña Ángela Heredia?  
Sin duda sois vos.  
MADRE: La propia.  
NOTARIO: ¿Vuestro padre?  
MADRE: Don Andrés.  
NOTARIO: ¿Vuestra madre?  
MADRE: Inés de Soria.

ALBERTO: Pues, en nombre de Marcelo  
os doy la mano.  
MADRE: Y lo otorgan  
también mi palabra y mano.  
NOTARIO: Viváis edades no cortas.  
De ellos doy fe, y esto es hecho.  
ALBERTO: Voy a dar nuevas gozosas  
a Marcelo.

**Vanse ALBERTO y el NOTARIO**

MADRE: Y yo le espero;  
que ya el alma se alborozas.  
Quiera Dios que bien lo lleve.  
ÁNGELA: Alza, Gómez, estas tocas,  
que he estado con gran vergüenza.  
GOMEZ: Todo es disfraces en bodas.  
¡Cómo me huelgo! Y en tanto  
que aquesta planeta corra,  
no pierdo las esperanzas  
de casarme.  
MADRE: Es una cosa  
casarte, Gómez, o yo...  
GOMEZ: Entre la una edad y otra,  
yo apostaré que no hay  
de diferencia tres horas.

**Sale CARLOS**

CARLOS: Por esas calles se dice  
que Ángela, infiel, se desposa,  
y aunque ofendidos mis ojos  
se abrasan porque la adoran,  
¿es verdad, Ángela ingrata,  
que te has de casar agora  
con Marcelo? ¿Qué mudanza  
tu entendimiento trastorna?  
¡Con un hombre a quien el tiempo,  
con sus alas voladoras  
dio más plata en el cabello  
que la Fortuna en su bolsa?  
¿Con un viejo?  
MADRE: ¡Paso, paso!  
Que esas injurias me tocan.  
ÁNGELA: Mira, Carlos, que es mi madre  
la que se casa.  
CARLOS: Perdona.

**Salen don DIEGO y don LUIS**

DIEGO: Cobrar quiero mi cadena;  
que una niña estafadora  
no ha de hacer suertes en mí  
con engaños y lisonjas.

LUIS: Bien haces, pues que sabemos  
que con las razones propias  
que me sacó mi cadena,  
te engañaba codiciosa.  
MADRE: Estos me cansan. Azar  
tengo en estas dos personas.

**Salen MARCELO, ISABELA, ALEJANDRO, ALBERTO, ROQUE y  
FABIÁN**

GOMEZ: Si van oliendo la fiesta,  
entrará la corte toda.  
ROQUE: Dan lugar al desposado.  
¡Plaza, plaza!  
MADRE: ¡Aquí fue Troya!  
Líbreme Dios de sus ira).

**[A MARCELO]**

ALBERTO: Si la viuda es más hermosa,  
¿por qué, di, no la escogiste?  
MARCELO: No digas, necio, tal cosa;  
que a mi mujer no se iguala  
la misma luz de[l] aurora.  
ROQUE: Oye, señor, si ha de haber  
música alguna en la boda,  
trae trompetas y campanas  
porque la novia las oiga.  
ALEJANDRO: ¡Que con Ángela se case  
mi padre! ¡Suerte dichosa  
en razón de su hermosura!  
ISABELA: Y dice que no la dota.

**[MARCELO] habla con ÁNGELA**

MARCELO: ¿Qué piloto llega al puerto  
tras del furor de las olas,  
con cuya nave los vientos  
jugaron a la pelota,  
más alegre que yo llego  
a tus ojos de quien sombras  
son el sol y las estrellas  
con que la noche se adorna?  
ÁNGELA: No es razón que a mí tan presto  
me hagáis, señor, tantas honras.  
Hablad primero a mi madre.  
MARCELO: Tu discreción me aficiona.  
Dices bien. (¡Cortés mujer!)  
ÁNGELA: (Noble padrastro).  
MARCELO: Señora,  
la bendición, la licencia,  
y el sí vuestro perfecciona[n]  
mis bien logrados deseos.  
MADRE: Vuestra soy.

MARCELO: (Suegra piadosa).  
Pues que de esta cortesía  
fuiстеis maestre, ya es hora  
que deis, Ángela, esa mano.

ÁNGELA: Daréla, pues que me importa.  
Toma, Carlos.

MARCELO: "¿Toma Carlos?"  
¿Qué cosa es Carlos?

ÁNGELA: Se nombra  
mi esposo así, ¿no lo ves?

MARCELO: ¿Qué es esto, Alberto?

ALBERTO: ¿Eso ignoras?  
Es libre y busca marido.

MARCELO: ¿Qué es libre?

ALBERTO: ¿De eso te enojas?

ROQUE: Boda de invierno es la nuestra  
porque s[e] ahorra con otra.

MARCELO: ¿Qué confusión es aquésta?  
¿Estamos en Babilonia?

ALBERTO: Con Ángela te has casado.  
¿Qué te espantas y alborotas?

ÁNGELA: Con doña Ángela de Heredia.  
Yo soy, señor, de Mendoza.  
Mi madre es la desposada.

MARCELO: ¡No se usara en Etiópia  
tal maldad!

MADRE: Señor, paciencia;  
que en esta ocasión importa.  
Si me quisisteis primero,  
no os mentí. Yo soy la propia.

MARCELO: ¿También Ángela te llamas?

CARLOS: Señor, sí. Cosa es notoria.

ROQUE: El casamiento es ninguno.

MADRE: ¿Por qué?

ROQUE: Porque siendo sorda,  
no oyó bien lo que se hizo.

MARCELO: No alegas mal.

MADRE: ¿Soy yo boba?  
Más oigo que todos juntos.

ROQUE: ¡Venga a examen, vieja loca!

MADRE: Vos sois el loco, lacayo.

ROQUE: ¡Oyóme esta vez! Va otra  
un punto más bajo en tono  
y la dueña Quintañona  
se casa con Galaor.

MADRE: ¡Mentís, mandil de fregonas.  
Si Marcelo es quintañón,  
yo soy moza y muy bien moza.

ROQUE: ¿Ésta es sorda? En toda España  
no hay jabalí que más oiga.

MARCELO: Si no es sorda, menos mal.  
Ángela de Heredia, toma  
la mano; que si es destino,  
no hay fuerzas contradictorias.

DIEGO: Pues, agora pido yo,  
doña Ángela de Mendoza,  
mi cadena.

ÁNGELA: ¿Cómo, cómo?  
DIEGO: Digo que pido mi joya.  
ÁNGELA: Si la llevó el alguacil,  
y después que no lo ignoras,  
confesaste ya tenerla,  
¿qué me pides?  
FABIAN: Esta historia  
me toca a mí.  
DIEGO: ¿Qué alguacil?  
¿Qué confusión! ¡Qué memorias!  
ÁNGELA: Aqu! est el seşor Pic"n.  
¡Oh, como vino en buena hora!  
¿No le ha dado la cadena?  
ALEJANDRO: Esto, don Diego, me toca.  
La cadena tengo yo;  
vos tendréis el valor.  
DIEGO: Sobra.  
ALEJANDRO: Y la casa del tahir  
enmienda y fin tiene agora.  
ROQUE: Vuestras mercedes perdonen,  
y aquí gracia y después gloria.

**Laus Deo**

**Libros Tauro**

<http://www.LibrosTauro.com.ar>